

LUIS ALBERTO MACHADO

EL PUEBLO DE DIOS
EN MARCHA

LUIS ALBERTO MACHADO

EL PUEBLO DE DIOS
EN MARCHA

EDICIONES SIGUEME
Salamanca
1965

INDICE

1.	Felicidad y alegría	11
2.	La naturaleza y la conciencia	23
3.	Hombres en el mundo	31
4.	El sentido de la historia	43
5.	El valor de la materia	53
6.	Hacia la nueva tierra	67
7.	Más allá del tiempo	81
8.	La transformación de la sociedad	91
9.	Paz en la tierra	101
10.	La más grande esperanza	113

A los hombres y mujeres de
nuestro tiempo que buscan
una razón para morir

Y para vivir

LUIS ALBERTO MACHADO

EL PUEBLO DE DIOS
EN MARCHA

1

felicidad
y alegría

Existimos.
Existimos siempre.
Somos inmortales.
¡¿Qué más?!

Todas aquellas cosas grandes que el hombre desea y busca a lo largo de su existencia-alegría, belleza y amor; vida, libertad y provecho ... , allí están: en el cristianismo.

En el cristianismo se realizan todas las aspiraciones humanas.

¡Cuántos anhelan los valores contenidos en el Mensaje de Cristo, y no lo saben!

¡Cuántos tienen una idea equivocada de lo que esos valores representan!

¡Cuántos consideran que son contrarios a la razón, que entristecen y degradan al hombre y dificultan el desarrollo de la humanidad!

¡Cuántos hacen profesión de anticristianismo cuando combaten, en realidad, contra algo diferente: la Fe cristiana no es lo que ellos creen!

¡Cuántos se alejan porque consideran que la Buena Nueva es causa de infelicidad personal!

El cristianismo no dificulta la vida.

Al contrario, la hace más fácil.

El cristianismo no es una carga que oprime y cohi-

be, sino la realización del irresistible deseo de felicidad que se manifiesta en todos los seres humanos.

* * *

Millones de hombres y mujeres hambrientos de felicidad: este es el mundo.

Cada uno de nuestros actos, sin excepción alguna está dirigido por el constante propósito de lograr la felicidad personal.

Queremos ser felices

Y no podemos dejar de quererlo.

Aspiramos a ser felices por siempre. Y desde ahora mismo.

Pretendemos la felicidad que nos sea posible lograr en el presente.

Constatemos este hecho, tal como nos lo presenta la propia conciencia. Se trata de una manifestación vital; de una tendencia espontánea de la naturaleza humana.

Nuestro vehemente deseo de ser felices proviene de Dios

«Es el Creador de todas las cosas el que ha puesto en el corazón del hombre la irresistible aspiración de encontrar, aún en este mundo, la felicidad conveniente» (Pío XI).

Dios quiere también que nos esforcemos por ser felices en la tierra

Y que seamos felices en ella.

Ciertamente, en la vida actual no podremos lograr una felicidad perfecta. Pero sí existe en ella una felicidad a nuestro alcance.

Y que Dios quiere que alcancemos.

El cristianismo no nos impide el deseo de ser felices en la tierra. Al contrario, nos orienta en el camino para conseguirlo.

«La Iglesia no promete la felicidad terrena, sino que ofrece algo -su luz y su gracia- para conseguir la del mejor modo posible» (Pablo VI).

El fin del Mensaje de Cristo es hacernos felices sin límites y sin término. Pero esto no significa que no podamos obtener por su intermedio la felicidad temporal.

Felices en el más allá. Pero también aquí y ahora

«La vida de los santos nos revela que el Reino de Dios es el de la felicidad ya desde esta tierra» (Suhard)

El hombre feliz le da gloria a Dios.

«Buscad el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura» (Mt 6, 33).

«Todo lo demás»: también la felicidad temporal.

«Irradiad la luz, sed la sal de la tierra y tendréis por añadidura la felicidad más pura que ha sido dada a un hombre sobre la tierra» (Pío XII).

No podemos desconocer la existencia del dolor en todas sus manifestaciones. Pero es necesario proclamar que la vida también está llena de realidades maravillosas

Hay lágrimas en el valle de esta vida, pero ella. no es un valle de lágrimas. Y nunca el cristianismo la ha definido como tal.

Realmente «la vida merece vivirse»,

En todo lo que nos rodea hay cosas bellas.

Es necesario encontrarlas.

Y tomarle el gusto a la vida como a una fruta madura.
La vida vale la pena.

Tenemos que amarla con todo lo que tiene de bueno.

Nada de malo hay en ello: cuanto menos se le teme a la muerte, más se ama la vida.

En disposición para morir, el amor a la vida constituye un deber.

Cumplámoslo con orgullo y alegría.

Vivamos alegremente la gran aventura de nuestra existencia.

Y llenemos nuestro ser del gozo de vivir.

¿Por qué temerle a la alegría? La Gracia es alegría.

«Me acercaré al altar de Dios, al Dios que alegra mi juventud» (Sal 42).

No hay amargura en la conquista del mundo interior.

«Ha brillado sobre nosotros, Señor, la luz de tu rostro: has llenado de alegría mi corazón» (Sal 4, 7).

No existe mayor alegría que la alegría de la Fe.

«El Dios de la esperanza os colme de todo gozo y paz en el creer» (Rom 15, 13).

La Fe es alegría.

«Recordadlo bien, todos los hombres, hijos, hermanos y amigos: Cristo es la única alegría, la verdadera alegría del mundo.

» Es cierto que la vida cristiana es austera, que no es ajena al dolor y al sacrificio, que exige penitencia y negación de sí mismo. El cristianismo acepta la cruz y cuando llega el momento sale resuelto a

sufrir y a la muerte. Pero en su manifestación esencial el cristianismo es alegría» (Pablo VI).

Realmente, la alegría que el cristianismo ofrece no se logra con facilidad, sino a través de la asunción de arduas responsabilidades.

La libertad integral es fruto de un esfuerzo diario de progresiva conquista.

La felicidad no es algo que se pueda aprovechar en un clima interior de inercia o apatía. Ella se construye, hora tras hora, con el esfuerzo de la íntima creación personal.

A base de una disciplina interior, el cristianismo exige una entrega total.

Pero aun en la más estricta de las privaciones, siempre habrá alegría.

«La vida religiosa, por pobre y austera que sea, no puede ser auténtica más que con la alegría interior» (Pablo VI).

El Mensaje de Cristo nos propone: «En la alegría, sed felices.» Pero, al mismo tiempo, nos invita a participar de esta sublime paradoja: «Aun en el dolor, sed también felices.»

El sufrimiento, causa natural de desdicha no se convierte en el cristianismo en un obstáculo insalvable para la felicidad.

No es que se valore al dolor por sí mismo, ni que éste sea motivo de placer. Lo que sucede es que el sufrimiento, orientado por el cristianismo hacia una finalidad superior, adquiere un carácter sobrehumano, que a la vez que le asigna un sentido lo convierte en fuente de bien y en servicio de redención.

En Cristo, el sufrimiento lo cambiamos por felicidad.

«Alegraos siempre en el Señor; de nuevo os digo:

Alegraos» (Fil 4, 4).

A pesar del dolor en todas sus formas, podemos ser felices.

«Quienes siembran con lágrimas recogerán llenos de gozo... y llegarán alegres portando sus haces» (Sal 124, 4-5).

El camino de la cruz no es de pesadumbre.

«... vuestra tristeza se volverá en gozo» (Jn 17, 4).

El cristiano no es un hombre triste.

«No os aflijáis como los demás que carecen de esperanza» (1 Tes 4, 13).

Cristo es la Resurrección y la Vida.

Con Cristo triunfamos sobre el dolor y la muerte.

* * *

El ideal cristiano es superior a cualquier idea simplemente humana.

Superior por sí mismo.

Superior porque satisface más.

El mundo moderno le ofrece mucho al hombre contemporáneo. Y mucho es lo que le da.

Sin embargo, el hombre contemporáneo es un insatisfecho.

Su decepción no se debe a que el progreso material no le haya otorgado todo lo que esperaba de él. El progreso material ha cumplido con creces. Ha dado aún más de lo que se le había pedido.

Lo que sucede es que todo lo que el progreso material puede ofrecer es muy poco en relación a lo que el hombre puede aspirar.

Ningún ser humano nos va a conceder todo lo que somos capaces de esperar.

Por más que nos prometa, nunca nos prometerá bastante.

A la larga, todo mito desengaña. No porque asegure la consecución de muchas cosas, sino porque, en verdad, ofrece muy pocas.

Con respecto a las utopías que el hombre ha inventado hasta el presente o pueda imaginar en el futuro, lo de menos es que su realización práctica no sea posible. Lo importante es que su ideal es limitado.

Ante cualquier proyecto que pretenda llenar nuestras aspiraciones, concebido por algún ser humano, siempre podremos responder: «¿Eso es todo?»

No nos pueden llenar bordes ni contornos cuando tenemos capacidad en nuestro ser para darle cabida a la Infinitud.

Si podemos alcanzar lo infinito, no podemos conformarnos con lo que tiene fin.

«La vida cristiana es una vida optimista y creadora en grado sumo, y se goza en la felicidad del presente, anticipando la felicidad perfecta del mañana venturoso» (Pablo VI).

Pero lo Infinito no lo podremos alcanzar sino a través de lo Infinito.

Necesitamos a Dios para llegar a Dios.

Una y otra vez surge en el hombre la terrible ambición de hacer del hombre un dios. Es inútil.

Pero el deseo hacia un destino más alto que se mezcla con esa diabólica quimera encuentra cabal existencia en el Mensaje evangélico.

Lucifer y Adán no fueron como Dios porque no contaron con Dios. Soberbios, pretendieron lograrlo con sus propias fuerzas.

He aquí la gran tentación que se repite sin cesar, y en la cual están incluidas todas las demás: «Seréis como dioses» (Gén 3, 5), o lo que es igual: «Seréis infinitamente felices».

Pero, en el cristianismo, esto no es una tentación; es una realidad.

«Seremos semejantes a El porque lo veremos tal cual es» (1 Jn 3, 2).

«Seréis infinitamente felices»: el ofrecimiento es el mismo.

Pero sólo el de Cristo se realiza.

A lo más a que puede aspirar una persona es a ser semejante a Dios.

Pues bien, esta aspiración también se cumple en el cristianismo.

* * *

El cristianismo es una llamada de Dios a los hombres para que participen de la divinidad de Cristo.

Es una llamada del Padre a los hijos para que vengan a gozar de su Felicidad.

En la esencia misma de la doctrina cristiana se encuentra la revelación de que Dios es nuestro Padre.

Es un Padre que se ocupa de cada uno de nosotros y sólo quiere nuestro bien.

Es un Padre bueno.

Es un Padre que nos ama.

Y nos ama tal como somos: hombres.

«Ciertamente que un Padre amante está sobre el dosel de las estrellas» (Federico Schiller).

Nadie procede de la nada, sino de la potencia creadora del Amor del Padre.

Y el universo entero fue creado por Amor a la humanidad.

No existe ningún ser humano, cualquiera que sea su condición, que no sea infinitamente amado por Dios.

Pecamos contra el Padre. Pero el Padre no peca contra nosotros.

Podemos pecar porque el Padre nos ama. Si a El no le importaran nuestros actos, si fuéramos insignificantes ante sus ojos, ¿cómo podríamos pecar?

Somos capaces de herirlo infinitamente porque nos ama infinitamente.

Y a pesar de los pecados, el Padre siempre quiere la vida y no la muerte del pecador.

Lo más característico del cristianismo es que cada hombre se siente infinitamente amado por Dios.

«Me amó y se entregó por mí» (Gál 2, 20). cualquiera de nosotros puede aplicarse estas palabras.

No podíamos alcanzar a Dios y Dios se acercó a donde estábamos.

«Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1, 14).

Cristo es Dios hecho hombre.

Es Dios convertido en amigo y colega.

Cristo es contemporáneo de cada persona.

Y, a cambio de nuestro tiempo, nos ofrece su eternidad.

Cristo es un Amor infinito que nos pide amor y que está dispuesto a recoger el que podamos darle.

El cristianismo es amor.

Y la misión de los cristianos es difundir el amor.

Ser portadores de felicidad.

Esta es la tarea de los testigos de Cristo: buscar la felicidad para compartirla con otros.

Ser felices y hacer felices a los demás.

Dios es Felicidad.

La Redención, un llamado a la Felicidad.

Y el cristiano, un hombre feliz que camina alegre hacia la Felicidad

2

la naturaleza
y la
conciencia

Si toda la maldad existente en el mundo fuera nada más la que puede generar un solo ser humano, esa ya sería suficiente para impedir la existencia de un Paraíso en la tierra, como puede soñarlo el que desconozca la realidad de la naturaleza del hombre. En la tierra nunca podremos erradicar las debilidades y miserias de los seres humanos.

Pero no es enalteciendo las posibilidades del mal como más fácilmente podemos combatirlo.

Aquí, la lucha no tiene término, es cierto, pero no nos regodeemos en los males del mundo, como si ellos fueran del gusto de Dios.

La Creación no está corrompida íntimamente.

El mundo no es un organismo irreparablemente enfermo.

La naturaleza humana no está destruida, sino herida y, a la vez, rescatada.

La naturaleza humana no es mala en sí misma, puesto que puede elevarse y transfigurarse por obra de Dios.

«Dios, que maravillosamente formaste la dignidad de la naturaleza humana, y más maravillosamente la restauraste» (Ofertorio de la Misa).

Nadie es totalmente malo.

Ni nadie está totalmente errado.

Es necesario saber encontrar las energías espirituales latentes en cada alma, así como las fuerzas morales que reposan en todos los pueblos.

La función de educar consiste justamente en «sacar fuera», en extraer, los dones y cualidades que el Creador ha depositado en cada persona.

El cristiano debe estar poseído de la calidad intelectual necesaria para reconocer, como propia, la parte de verdad que se encuentre en las doctrinas globalmente contrarias a la suya.

En toda ideología y cultura siempre existen elementos verdaderos.

Aún en medio del error surge el deseo de una sociedad más humana y más justa. Hay mucho de «cristiano» en los no cristianos.

«Cuánto hay de verdadero, de honorable, de justo, de puro, de amable, de laudatorio, de virtuoso, de digno de alabanza: a eso estad atentos» (Fil 4, 8).

Entre los hombres no existen los términos absolutos de «buenos» y «malos». Todos somos capaces de lo más sublime y de lo más ruin.

Pero es mayor el bien que el hombre puede realizar que el mal que le es dado hacer. En el ser humano cabe toda la maldad y toda la corrupción que él mismo puede imaginar; pero también es capaz de alcanzar estadios inimaginables de sacrificios y de bondad, de amor y santidad.

El mal que puede hacer es limitado. El bien que puede realizar no tiene linderos.

Si los malvados y los que yerran fueran, siempre y en todo lugar, consecuentes con su maldad y con sus errores, la vida sobre la tierra sería insoportable. Pero sucede que aun en el más corrompido de los hombres, la mayor parte de las acciones que realiza cada día son inobjektibles a la luz de la ley natural.

No podemos perder la conciencia de todo el mal

que el hombre puede hacer; mas, al mismo tiempo, tenemos que saber que ese mismo hombre puede ser regenerado por Dios.

«En el hombre hay más cosas dignas de admiración que de desprecio» (Camus).

* * *

La naturaleza humana, en cuanto a su esencia, es hoy exactamente la misma que hace diez mil años. Un recién nacido de hoy es igual a un recién nacido de entonces.

No somos civilizados de nacimiento.

A través del largo proceso de la civilización, el hombre ha creado condiciones y ordenamientos que le ayudan a controlar sus inclinaciones, las cuales, marginadas esas barreras, tienden a desatarse en anárquica actividad.

Cuántas veces en el naufragio o en la guerra surge el salvaje, que se enseñorea de la personalidad del que se encuentra presa de sus bajos instintos.

El hombre sabe que existe este peligro. Y se da a la tarea de idear los correctivos necesarios para superarlo.

Un proceso civilizador implica la erradicación progresiva de las oportunidades mediante las cuales pueda dársele libre curso a la maldad, así como la continua construcción de elementos que ayuden al hombre a ser mejor.

Es cierto que podemos llevar la civilización a la barbarie. Pero también lo es que hemos sido capaces de erguirnos sobre la barbarie y crear la civilización.

* * *

No hay quien no distinga el bien del mal.

Aún los que practican el vicio alaban la virtud.

Cada uno de los seres humanos sabe lo que es el honor.

¿Es que acaso no late en nuestro ser un sentido innato de la justicia y una profunda propensión al bien?

Estamos sedientos de verdad, de bondad y de belleza.

En el interior de cada hombre existe una aspiración, más o menos manifiesta, a ser bueno.

Y dado que el hombre, por naturaleza, no es un ser simplemente pasivo, sino que actúa, igualmente existe la aspiración a hacer el bien.

El bien: aspiramos a poseerlo y a hacerlo.

De aquí, el principio que nadie puede arrancar de su propia alma: «haz el bien y evita el mal».

Este es el fundamento de la ley natural, escrita por Dios en los corazones de los hombres.

En algunos, los preceptos de la ley natural pueden aparecer oscurecidos, pero ellos no desaparecen jamás.

Se puede acallar la ley natural transitoriamente. Pero nunca se podrá destrozarla. Siempre ella tendrá suficiente vitalidad para volver por sus fueros.

Además, la verdad posee en sí misma una fuerza interior que conlleva la virtud de persuadir.

Naturalmente, la verdad tiende a imponerse en la mente de quien la piensa.

Por esto, el ideal cristiano ha ejercido una indudable atracción en el pensamiento de la humanidad, a lo largo de todos los tiempos.

Es necesario tener confianza, tanto en la verdad

misma como en las posibilidades de abrazarla en las personas que la reciben.

«... hay en el hombre una inclinación al bien de acuerdo con su naturaleza racional que le es propia.

Así el hombre tiene una natural inclinación a conocer la verdad sobre Dios» (1-2, q. 92, a. 2).

El mismo instinto del hombre lo lleva a Dios.

No hay nadie tan incrédulo ni tan vacío que en algún momento no vuelva su mirada hacia lo alto.

Todo el que está ausente de Dios, aunque no se percate de ello, tiene hambre de Dios.

En cada quien hay un corazón humano. Y en el centro de éste se esconde una fuente de bien.

El eco de la voz de Dios resuena dentro de todas las conciencias.

Es «la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo» (Jn 1, 9).

«El alma es naturalmente cristiana» (Tertuliano);
¿cómo ser pesimistas?

* * *

Es pernicioso considerar que la naturaleza humana adolece de una corrupción incurable ante la cual no resta sino una actitud de infructuosa resignación.

Pero es vana ilusión creer que el hombre es poseedor de una bondad natural autosuficiente que, en total libertad, logra su integral desarrollo.

Es propio de un optimismo ingenuo pretender contar con las solas fuerzas naturales para lograr el desenvolvimiento pleno de la humanidad.

El hombre no puede salvar al hombre por sí solo

El que pone su esperanza en el hombre termina en la desesperación; el que la cifra en Dios acaba por confiar en lo que puede el hombre con Dios.

Y el Padre no se despreocupa por ningún ser humano.

A todos Él se acerca íntimamente, en algún momento y de alguna manera.

Su Gracia trabaja constantemente sobre cada alma, sin excepción.

En cada instante Dios nos da la ayuda necesaria para «hacer el bien y evitar el mal».

El Padre no nos descuida ni por un momento.

No descansa.

No se toma vacaciones.

Para Dios todos somos iguales.

Todos somos hijos del Padre.

Al darle libertad al hombre, Dios corría un riesgo. Y se decidió a correrlo.

Diríamos que con alegría y con esperanza.

Dios confía en el hombre. ¿Por qué no confiar nosotros también?

Confiemos en el Padre y, con El, en nosotros mismos.

Y en la humanidad.

Tanto valor tuvo cada hombre para Cristo que por cada uno se sacrificó.

«Cada niño que nace es la muestra de que Dios no se ha desilusionado de los hombres» (Tagore).

Esperamos en Dios.

Pues bien, Dios también tiene esperanza en nosotros.

3

hombres
en el mundo

Todo lo que se refiere al cuerpo humano y a las leyes de la procreación es bueno, santo y bello.

El cuerpo humano y las leyes de la procreación también son creaturas de Dios.

El Padre nos ama en todo nuestro ser, en nuestra alma y en nuestro cuerpo.

Dios ha unido el cuerpo y el alma del hombre en una sola realidad que no podemos separar.

Justamente la grandeza de la persona humana como creatura consiste en que está compuesta de materia y espíritu; en que es un microcosmos, una síntesis de la creación.

No intentemos librarnos del cuerpo, sino liberarlo.

El cuerpo tiene también que ser salvado.

Nos salvamos o nos condenamos en nuestro ser integral

El cuerpo y el alma no son enemigos, sino colaboradores en una empresa común.

Comparten la vida y corren la misma suerte.

Por esto, es un grave error de nefastas consecuencias identificar el binomio «cuerpo y alma» con aquel otro: «carne y espíritu».

«Andad en espíritu y no déis satisfacción a la con -

cupiscencia de la carne. Porque la carne tiene tendencias contrarias a las del espíritu y el espíritu tendencias contrarias a las de la carne, pues uno y otro se oponen de manera que hagáis lo que queréis» (Gál 5, 16-17).

Estas nociones de carne y espíritu no equivalen a las de cuerpo y alma. «Espíritu» es el alma y el cuerpo juntos cuando se orientan al Padre; «carne» es, igualmente, el alma y el cuerpo juntos cuando se alejan de El.

Todos los pecados, aun los estrictamente intelectuales, son «carne»; todos los actos buenos, aun los más materiales, son «espíritu».

Defendemos al alma y al cuerpo, lo sobrenatural y lo natural, los valores cristianos y los valores humanos.

El cristianismo nunca ha denigrado de la naturaleza.

«La Gracia no destruye la naturaleza, sino que la eleva y dignifica».

La naturaleza y la Gracia son realidades distintas, pero no opuestas.

Lo divino y lo auténticamente humano corren en el mismo sentido.

Los valores del espíritu no sustituyen a los valores temporales, sino que los orientan y perfeccionan.

Y así, los fines naturales y espirituales del ser humano mutuamente se complementan.

El hombre tiene un fin temporal y otro eterno.

No se puede negar ninguno de ellos, sin enfrentarse se a la realidad de la vida, tal como ha sido dispuesta por Dios.

En el hombre, no podemos desconocer lo material, sin atentar contra lo espiritual.

Las energías humanas fueron creadas por Dios para coadyuvar a la santificación del hombre, no para oponerse a ella.

El fin último no destruye ni sustituye a los fines inmediatos. Lo que hace es ordenarlos hacia su perfección.

No podemos preferir los valores de la materia a los valores del espíritu. Pero no despreciemos aquellos por razón de éstos: no son incompatibles.

Los valores del espíritu elevan y perfeccionan los de la materia; mas no los destruyen, pues también ellos son obra de Dios.

Para abrazar el cristianismo el hombre no tiene que renunciar a ninguno de los valores humanos que ya poseía.

El santo no deja de ser hombre.

Lo humano es obra de Dios.

En este sentido, todo lo humano es «cristiano». Y todo lo cristiano es «humano».

«La vida cristiana es esencialmente humana» (Pablo VI).

Nada de lo sobrenatural es antinatural.

Ni nada de lo divino es «inhumano».

Lo cristiano no distorsiona lo humano, así como tampoco lo humano desvaloriza a lo cristiano.

Por esto, no somos menos hombres por ser más cristianos.

Ni menos cristianos por ser más hombres.

No podemos ser mitad hombres y mitad cristianos, sino totalmente hombres y totalmente cristianos.

* * *

El cristianismo es un cielo luminoso, abierto a todas las posibilidades humanas.

El cristianismo no se opone a ninguna de nuestras aspiraciones; más bien las alienta, les da cabida, y, lo que es aún más importante, las hace posibles.

«La Gracia de Dios ha capacitado al espíritu humano para el pacífico y honesto goce de los bienes temporales y ha abierto la esperanza de los bienes eternos» (Pablo VI).

Todos los valores humanos positivos encuentran en el cristianismo origen, protección y un superior valor.

El cristiano, por el hecho de serlo, no pierde aptitud para el trabajo cotidiano, ni capacidad para la defensa de los intereses propios o para el aprovechamiento de los bienes de la civilización.

Al contrario, «este calificativo de cristiano os hará más felices, más honestos, más capaces de gozar de los bienes de la tierra» (Pablo VI).

La vida del espíritu no olvida ni destruye a la vida temporal, sino que la perfecciona y desarrolla, corrigiendo lo desviado, sacando a la superficie potencialidades ocultas, vigorizando los principios que mantienen esa vida temporal y santificando todo lo que le da forma.

«Entre las leyes que regulan la vida de los fieles cristianos y los postulados de la genuina humanidad, no existe contraste, sino consonancia y mutuo apoyo» (Pío XII).

La religión cristiana está en el centro de todas las actividades humanas. Pero no como un fuerte asediado por las fuerzas enemigas que lo rodean, ni como un núcleo sofocado por el mundo que lo circunda

con recelo, sino como una fuente de energía que proyecta su acción vitalizadora hacia todos los puntos que confortan su circunferencia. Lo lejano y lo que está cerca, todo entra en su radio de acción.

Lo que necesitamos en la tierra para subsistir y desarrollarnos no se pierde en las profundidades de la Fe. Al contrario, con ésta la posesión y el uso de esas cosas es más fácil, más alegre y más hermoso.

El cristianismo embellece con color y relieves singulares el mundo exterior, dándole vida, significado y destino.

Cristo hizo posible la santificación de todas las actividades humanas.

«La Iglesia abraza y santifica todo lo que es verdaderamente humano» (Pío XII).

No hay condición humana naturalmente honesta que no sea reconocida, honrada y apoyada por la savia vital del cristianismo.

«Cristo al venir al mundo santificó nuestra vida como es, con sus afectos, con sus vicisitudes, con sus dificultades, con sus trabajos, con sus destinos terrenos y celestiales» (Pablo VI).

Todo puede ser convertido en instrumento de santificación.

Cuanto hagamos es digno de ser dirigido a una finalidad espiritual. Y puede serlo de hecho.

«Todo lo que hagáis... hacedlo en nombre del Señor» (Col 3, 17).

«Ya comáis; ya bebáis o ya hagáis cualquier cosa, hacedlo todo para gloria de Dios» (1 Cor 10, 31-32).

Al Padre no le es indiferente nada de lo humano.

Ninguno de nuestros actos le es ajeno.

A El le interesan todas nuestras cosas

Cristo no quiere que su savia vital se mantenga por encima del mundo, sino que, al contrario, como lluvia incesante lo empape totalmente.

Por esto, a un cristiano auténtico nada que afecte a los hombres puede resultarle indiferente, ni ningún ser humano puede serle extraño.

El humanismo cristiano, sinónimo de gozo y de energía, de esperanza y de paz, se basa en un concepto universal del hombre, en una fraternidad sin discriminaciones, y en el ejercicio efectivo de la solidaridad.

Así, no se corresponde con el espíritu evangélico una suerte de aislacionismo religioso por parte del pueblo cristiano.

Hay que injertarse en lo temporal, solidarizándose con sus problemas, en permanente afán de testimonio y de servicio.

«No te ruego que los saques del mundo, sino que los preserves del mal» (Jn 17, 15).

El mundo puede alejarse de nosotros, pero nosotros no podemos alejarnos del mundo.

Si el mundo no viene a donde estamos, tenemos que ir a buscarlo.

Es imposible cristianizar al mundo desde afuera.

Tenemos que penetrar a través de sus caminos.

Y elevarnos sobre éstos para valorarlos mejor.

El Verbo se hizo carne, no para condenar al mundo, sino para salvarlo.

¿Por qué odiar al mundo, si Cristo no lo odia?

¿Por qué temerle si Cristo no le teme? Cristo amó al mundo.

Nosotros tenemos que amar al mundo.

Es un derecho.

Y es un deber.

Amar la creación entera.

Ensanchar el espíritu hasta que quepa en él toda la obra de Dios.

Llenarse de humanidad.

No pongamos nuestro corazón en el mundo, pero pongamos el mundo en nuestro corazón.

Amemos a Dios sobre todas las cosas. Y amemos todas las cosas por Dios.

Amar al prójimo: salvando una adecuada graduación, todo lo creado forma parte del concepto «prójimo».

Todo lo temporal debe ser objeto de nuestro amor, como criatura de Dios y como medio para llegar a El.

La creación no tiene nada por sí misma, ni Dios se confunde con ella.

Amamos al mundo, no por sí mismo, sino por el Padre.

Debemos llegar a El sin descuidar al mundo, sino sirviéndonos de éste y salvándolo.

No por buscar a Dios debemos estar en contra de sus obras.

No es que todo sea Dios. Eso sería panteísmo. Pero podemos encontrar a Dios en todo. Eso es cristianismo.

¿Huir del mundo para llegar al Padre? No. Encontrar al Padre en el mundo.

«No debe crearse una artificiosa oposición donde no existe, es decir, entre la perfección del propio ser y la presencia personal y activa en el mundo, como si uno no pudiera perfeccionarse si no cesando de ejercer actividades temporales, o como si, ejercien

dolas, quedará comprometida la propia dignidad de seres humanos o de creyentes.

» Por el contrario, responde perfectamente al plan de la Providencia que cada uno se perfeccione mediante el trabajo cotidiano, el cual, para la casi totalidad de los seres humanos es un trabajo de contenido y finalidad temporal» (Juan XXIII).

Esto no es, pues, la disyuntiva: la vida de Dios o el mundo.

La solución se encuentra aquí: la vida de Dios en el mundo.

Al mismo tiempo, somos ciudadanos del cielo y de la tierra.

Hemos de fijar la mirada en lo divino, parándonos en lo humano.

Vivir santamente. Y santificar la vida.

Subir al cielo. Y traer el cielo a la tierra.

Proyectarse hacia el porvenir, viviendo en el presente.

Estamos en el tiempo. Y Dios no quiere que huyamos de él, sino que lo utilicemos al máximo.

La visión de la eternidad no puede hacernos descuidar la realidad temporal, en donde, por voluntad de Dios, estamos inmersos.

Vivimos en el tiempo y, a la vez, por encima del tiempo.

Con la Encarnación la eternidad se hizo tiempo y el tiempo eternidad.

«Y la eternidad está en lo temporal...

«Y el mismo tiempo es un tiempo intemporal... (Péguy).

«Tenemos ya lo más increíble. Si ha muerto Dios por el hombre, ¿por qué no vivirá el hombre con

Dios? ¿No vivirá el mortal inmortalmente, cuando por él ha muerto el que inmortalmente vive?» (San Agustín).

Cuando el Verbo se hizo carne, el hombre se convirtió en prójimo de Dios y Dios en prójimo del hombre.

«Dios se ha hecho hombre para que el hombre se haga Dios».

La humanidad está incorporada a Cristo.

Y Cristo corre la suerte de la humanidad.

4

el sentido
de la historia

La humanidad se dirige hacia una meta.

No vivimos en un mundo absurdo: la historia baja y un sentido.

Uno solo es el origen y uno solo es el fin La historia no está en un movimiento circular, que, en cansado ritornelo se repite una y Otra vez.

La humanidad sigue una línea recta. Nunca regresa.

El tiempo no vuelve sobre sí mismo

Para el cristianismo la historia evoluciona; en este orden, el cristianismo es esencialmente «evolucionista».

Y esa evolución tiene un destino.

* * *

Todo el acontecimiento sucede por primera vez.

La historia es una marcha constante hacia un mediato desconocido.

¿Qué sucederá mañana?

Vamos en una naturaleza que deja una estela de luz hacia el pasado, y rompe, hacia el futuro, una absoluta oscuridad con el perfil de cada instante.

Si estuviéramos solos, esta realidad sería motivo de una justificada angustia vital.

Pero el Padre está con nosotros. El también está en la nave.

Y así, lo que era noche se convierte en día. Todo a nuestro alrededor queda iluminado.

No estamos sujetos a las fuerzas ciegas de la naturaleza.

Existe un plan de Dios sobre la historia de la humanidad.

Y la historia se desarrolla cumpliéndolo.

A esta luz cobran sentido el universo y la vida.

Confianza: en el timón del barco de la historia va Dios.

* * *

La historia va hacia adelante, lo cual no excluye ni los retrocesos ni las pausas.

Puede sucederse una decadencia súbita, emprendiéndose otra vez el camino de la recuperación.

La sociedad, en su evolución, está sujeta a altibajos. Pero basta comparar la situación actual con la de hace diez mil años para admitir la realidad del progreso.

Si la humanidad ha podido llegar hasta los adelantos del siglo xx, aunque regresáramos a la edad de piedra, volveríamos de nuevo al siglo xx.

Aunque haya caídas, el movimiento de la historia es ascendente.

El afán de superación en el hombre es irrefrenable.

El espíritu no se agota.

Siempre se pueden hacer las cosas mejor. En hacerlas consiste el progreso.

Este implica acercamiento hacia el bien y, al mismo tiempo, la no posesión total del mismo. Se trata de un continuo proceso de perfeccionamiento, lo cual significa imperfección y, a la vez, marcha hacia la perfección.

Pero el progreso no puede ser indefinido. Como la historia, tendrá un fin.

No estaría de acuerdo con el cristianismo la concepción de un progreso de la humanidad debido a las propias fuerzas de ella. Pero sí lo está el pensamiento de un progreso debido a la ayuda de Dios.

Hemos llegado de las cavernas al aire acondicionado, guiados por el Padre.

Y si las armas atómicas hicieran desaparecer mañana a la mayor parte de la humanidad, Dios suscitaría las energías necesarias para que esa catástrofe se convirtiera en trampolín para mayores adelantos.

* * *

Todo lo que sucede es deseado conscientemente por Dios, o al menos, conscientemente permitido por El.

Nada acaece sin que Dios tenga perfecto conocimiento de ello y, a sabiendas, lo permita.

Y Dios no permitiría ningún mal, si no fuere por su indeclinable decisión de sacar de cada mal un bien.

Todo lo que sucede pudo haber sido evitado por Dios. Si no lo hizo, fue por un bien mayor.

Un bien mayor que aquel que dejó de existir por la existencia del mal.

Es decir: por cada mal Dios suscita un bien, y este bien es mayor que el bien que hubiera habido si el mal no se hubiera producido.

«¡Oh, feliz culpa...!»

En cada acto humano confluyen dos intenciones: la nuestra y la de Dios. Y aunque en aquélla pongamos el mal, en la de Dios sólo existe el bien.

El Padre adapta, acomoda y conforma nuestras acciones, las buenas y las malas, de tal manera que todas redunden en beneficio del bien.

«Allí donde abundó el pecado, ha sobreabundado también la gracia» (Rom 11, 32).

Es algo así como una pieza musical en la cual se produce una nota falsa que desentona del conjunto ejecutado hasta entonces; si esa última nota se convierte en la primera de una nueva melodía, ya no chocará al oído más exigente.

Un mal representa esa nota falsa a la cual Dios le agrega otros sonidos en armoniosa tonalidad.

Y también en la historia, de cada mal Dios obtiene un bien.

Continuamente El está deshaciendo los entuertos de los hombres.

* * *

En toda época, aunque el bien se imponga existen aspectos malos; aunque prevalezca el mal, hay cosas buenas.

«Ningún período de la historia puede ser absolutamente condenado o absolutamente aprobado» (Maritain).

Igualmente, de todo acontecimiento histórico se suceden malos y buenos efectos. Ningún suceso humano es totalmente puro en uno u otro sentido.

Pero, más tarde o más temprano, el bien saca el mejor partido.

Hay hechos cuyos efectos principales son buenos, aunque haya también un provecho para el mal en menor medida. En estos hechos triunfa el bien.

En otros, por el contrario, los efectos inmediatos son negativos, aunque, de una vez, el bien obtenga frutos de poca monta. Pero a la larga, se producen mayores bienes de los que se hubieran producido de no haber existido el hecho originario. Y en estos hechos, también triunfa el bien.

Transitoriamente, el mal puede adelantarse en lo que podríamos llamar una etapa de descenso. Pero después, el bien se desarrolla a un ritmo mayor que si ese descenso no hubiera existido.

A lo largo de la historia, el bien y el mal han profresado. Nuestro siglo ofrece múltiples muestras de lo uno y de lo otro. A este fenómeno Meritain lo denomina «la ley del doble progreso contrario».

El mal y el bien progresan. Ahora bien, ¿cuál progresa más?

De cada mal Dios saca bienes. Y automáticamente no se suceden males por cada bien que se produce.

El bien crece cuando acaece un bien y también cuando acaece un mal.

Si por cada mal Dios suscita un bien mayor, el bien crece necesariamente más que el mal.

Si el mal crece «aritméticamente», el bien crece «en progresión geométrica».

Cuando se produce un bien, alegrémonos

Y cuando se produce un mal, no por éste sino por el bien que Dios va a suscitar, alegrémonos también.

«El que inició en vosotros la buena obra le dará fin» (Fil 1, 6).

* * *

El bien avanzará en mayor o menor proporción, mas su crecimiento no se detendrá jamás.

Aun en medio de las mayores calamidades que en el futuro nos aguarden, el bien seguirá avanzando.

«Con frecuencia los creyentes se representan la historia como una carrera sin avances, acompañada de una moral centrada sobre el miedo al pecado» (Moeller).

Pero el cristianismo se asoma al mundo «con la esperanza invencible de que el hombre moderno sepa todavía encontrar en la concepción religiosa que le ofrece el catolicismo su vocación hacia una civilización que no muere, sino que siempre progresa hacia la perfección natural y sobrenatural del espíritu humano» (Pablo VI).

El conocimiento de la ley natural se va perfeccionando en la humanidad.

La dignidad humana y la justicia social son conceptos que se dibujan con creciente claridad en la mente de los hombres.

«Pienso que este progreso de la ciencia moral en cuanto al conocimiento explícito de la ley natural es uno de los ejemplos menos cuestionables del progreso de la humanidad» (Maritain).

En forma progresiva, el cristianismo, factor imprescindible para el mejor conocimiento de la ley natural, va penetrando en mentes e instituciones.

«En cuanto a saber si hay progreso de la historia

religiosa de la humanidad, lo creo profundamente»
(Daniélou).

Entre penas y dificultades, el Reino de Dios va creciendo a través de los siglos.

Las persecuciones no desaparecerán en el tiempo. Pero ellas jamás serán causa de derrota, y sí evidencia de triunfo.

«Las naciones caminan hacia la luz y los reyes hacia su naciente claridad» (Fiesta de Epifanía).

Al final, el cristianismo aparecerá invicto en su peregrinar triunfante sobre la tierra.

* * *

La vida a la luz de la Fe es una marcha ascendente.

Vamos hacia adelante por los caminos de la salvación.

Nos dirigimos a la Felicidad.

El mundo y la humanidad se proyectan hacia la realización plena del orden querido por Dios.

La meta está más allá de la historia.

Romperemos la bóveda del tiempo y la alcanzaremos.

La historia no es más que el desarrollo de un primer momento del pasado, el de la creación.

Y ese desarrollo, la plasmación de una esperanza.

A través del hombre, la creación entera está lanzada hacia el futuro.

El hombre incorpora el cosmos a su propio destino.

El plan de Dios abarca todo lo creado.

Y Dios mismo nos invita a colaborar en su realización.

5

el valor
de la materia

Las cosas materiales no son indignas de ser dirigidas hacia Dios. El mismo las ha creado. Y no lo tuvo a menos.

Vayamos, pues, hacia nuestro destino llenando nuestras alforjas con la creación.

Somos responsables del Universo.

En cada realidad terrenal hay un depósito de eternidad que debemos desenterrar.

Todos encontramos en el mundo muchas cosas buenas. ¡Si nos diéramos cuenta de que son chispas que salieron de la bondad de Dios!

El mal no es más que una ausencia. Todo ser, en tanto en cuanto existe, es bueno. Refleja la perfección del Ser Supremo.

La materia no puede ser mala en sí misma: es creatura de Aquel que dijo:

«He aquí que hago todas las cosas buenas» (Apoc 21, 5).

Grave error es el de confundir la materia con el materialismo; comparable al de identificar las filosofías negadoras del espíritu con el desarrollo técnico.

La materia también da testimonio del Creador.

«Todas las obras del Señor, bendecid al Señor; alabadle y ensalzadle por todos los siglos» (Daniel 1, 3, 57).

«La tierra toda te adore y tañe salmos a ti» (Sal 65).

«Alégrense los cielos y regocíjese la tierra, conmuévase el mar y su plenitud» (Sal 95).

Y la creación, destinada a manifestar la gloria de Dios también ha sido redimida.

El mundo entero fue transformado con la Encarnación del Verbo

Es que la obra de la Redención abarca, analógicamente, el alma, el cuerpo, las instituciones y el cosmos en su totalidad: la renovación es universal.

Cristo ofreció con su sangre toda la creación en Gólgota.

«Todo lo que ha sido creado... es bueno, y nada hay que deba rechazarse de lo que se toma como acción de gracias, pues está santificado por la palabra de Dios y la oración» (1 Tim 4, 4-5).

Recordemos que la materia fue utilizada por Cristo para fines espirituales: el agua para el bautismo, el barro para curar al ciego...

La Iglesia, por su parte, santifica todos los instrumentos materiales, desde la cera hasta las máquinas, el cine y la televisión... en orden al último fin.

«Todo está lleno de Dios» (Santa Angela).

En todas partes está el Señor, vivo y operante: en las iglesias y fuera de ellas.

La creación entera es un grandioso templo...

«Llenos están los cielos y la tierra de tu gloria» (Sanctus).

No hay maldad intrínseca en las cosas. Acerquémonos tranquilos.

No podemos despreciar nada que haya salido de las manos del Creador.

Es más: tenemos que amar sus obras.

Amar todas las cosas.

Amar la creación entera.

Dios no siente celos cuando amamos lo que es suyo.

«Dios no quiere ser amado por nosotros en contra de lo creado, sino glorificado a través de lo creado y a partir de ello... Ese Dios erigido contra lo creado y, en cierto modo, celoso de sus propias obras no es, a mis ojos, más que un ídolo» (Gabriel Marcel).

Dios nos llama a participar con El en la creación, el otorgándole a cada persona una parte de su poder creador.

En el séptimo día, el Sumo Hacedor descansó para que nosotros continuáramos Su obra.

«Tomó, pues, Yavé Dios al hombre y lo puso en el jardín de Edén para que lo cultivase y lo guardase» (Gén 2, 15), es decir, para que lo trabajase.

Así, el trabajo es la cooperación del hombre a la obra de la creación, no terminada aún.

Todo laborar humano representa un servicio del hombre al Señor.

Perfeccionar la materia es colaborar con El.

Creándonos a su imagen y semejanza, Dios nos dio una participación en su poder sobre el cosmos.

Al trabajar, el hombre «crea» y al «crear» es semejante al Creador.

Cuando en alguna forma transformamos el mundo material estamos procediendo a imagen de Dios.

Cuanto más dominemos la naturaleza, más representaremos en nuestros actos el poder y la realeza de Cristo sobre todo lo existente.

«Creado por Dios a su imagen, el hombre debe cooperar con el Creador a completar la creación y marcar a su vez la tierra con la impronta espiritual que él mismo ha recibido» (Carta de la Secretaría de Estado a la 51ª semana social de Francia).

Es natural al hombre dominar la naturaleza.

Tenemos el derecho y el deber de «poseer la tierra».

«Lejos de huir del mundo, el cristiano tiene por misión ‘acabarlo’ y ‘asumirlo’» (Suhard).

Nuestra función no es suprimir la materia, sino «espiritualizarla».

«Los dones de la gracia... ponen ya sobre las cosas, en virtud del lazo que las une al hombre y del uso que éste hace de ellas, una marca de consagración y, según la medida en que son humanizadas, un reflejo del Reino de Dios» (Cangar).

Al transformar el mundo material, en cierto modo lo liberalizamos de la total necesidad que le es propia.

A través de la ciencia y de la técnica obligamos a la materia, al dominarla, a ejecutar leyes pertenecientes al mundo del espíritu, con lo que ella se eleva y ennoblece.

Al servir de medio específico para un fin concreto, la materia se perfecciona, prestando una utilidad que no podría alcanzar en su estado primitivo.

En dominando la naturaleza, el hombre le da cumplimiento al mandato del Génesis «someted la tierra», al tiempo que colabora con Cristo en el perfeccionamiento de todo lo creado.

El artista también transforma el mundo material,

con lo cual contribuye a plasmar en el mundo una más clara imagen de Dios.

La belleza que el hombre le comunica a la materia al realizar una obra de arte es una perfección, reflejo de la Perfección Infinita de Dios.

Toda la belleza que nos es dado contemplar es una representación de la belleza del Creador.

Dios es el Supremo Artista.

Y el artista, un imitador de Dios.

* * *

Todo lo que el hombre crea en beneficio de la humanidad ya había sido pensado por Dios desde la eternidad.

«La Iglesia ama y favorece los progresos humanos... Cualquier investigación y descubrimiento de fuerzas de la naturaleza que lleve a cabo la técnica, no es, en el fondo, más que investigación y descubrimiento de la grandeza, de la sabiduría y de la armonía de Dios» (Pío XII).

Es Dios quien ha dotado al hombre de las facultades espirituales que éste posee. Cuando estas facultades se ejercitan en invenciones, descubrimientos y obras de arte están dándole «gloria a Dios en las alturas».

«Los progresos científicos y los inventos técnicos nos muestran sobre todo la grandeza infinita de Dios, Creador del Universo y del hombre» (Juan XXIII).

Cuanto más perfecta sea nuestra obra humana, más refleja la Perfección de Dios y, por tanto, más lo glorifica.

Si perfeccionamos las cosas que se encuentran a nuestro alrededor estamos haciendo que el mundo de nuestro afán glorifique a Dios con mayor intensidad.

* * *

Las obras temporales tienen ante Dios un valor.

Al Padre no le es indiferente ninguna de nuestras realizaciones.

Un cuadro bello glorifica más a Dios, que otro que carezca de belleza.

Lo mismo podemos decir de un libro literariamente escrito. Y de una pieza musical. Y de una película. Y de un puente. Y de un edificio. Y de un...

Una radio, un televisor, un automóvil... Glorifican a Dios. Allí hay un reflejo de su Infinita Perfección.

Las obras humanas también forman parte de lo creado. Con la técnica y el arte el hombre le ha agregado «algo» a la materia. Ese «algo» también es creatura de Dios.

Esas obras dependen del Creador no sólo en cuanto se refiere a su materialidad, sino también en cuanto los valores que las convierten en instrumento técnico o en realización artística.

La Infinita Perfección se manifiesta en la naturaleza. Y también en las creaciones humanas.

La naturaleza canta la Perfección de Dios. Los progresos de nuestro tiempo, también.

«... tomados en sí mismos, el dominio contemporáneo sobre la materia, la organización política, el arte, el pensamiento y toda la técnica completan a Cristo y, completándolo lo glorifican» (Malevez).

Lo creado por el hombre forma parte de la Creación.

«De suyo, prescindiendo todavía de la intención del que trabaja en ello, todo progreso terreno es también, en la misma medida, una glorificación de Dios» (Lombardi).

Dado que le agregamos una perfección adicional, más gloria le da a Dios la materia transformada por el hombre que la que no ha sido intervenida por él.

Podemos entonces preguntarnos: ¿qué «mira» Dios con más complacencia, la espiga de trigo o el pedazo de pan?

¿El grano de arroz crudo o el grano de arroz cocinado?

¿La piel o el cuero?

¿La lana o la tela?

¿El hierro o el acero?

¿Dónde se manifiesta con más intenso amor la mano de Dios, en un árbol o en una estatua? ¿En una rosa o en un avión?

La intervención del hombre en la naturaleza no la aleja de Dios. Al contrario, la acerca a El.

Dios le habló a Moisés, desde una zarza ardiendo. Pero si Moisés hubiera vivido en nuestros días, ¿sería descabellado pensar que Dios le hubiera hablado, tal vez, desde alguna máquina moderna?

«Hasta en los pucheros anda Dios» (Santa Teresa).

Los pucheros de hoy son las ollas de presión. «Dios no habla. Pero todo habla de Dios» (Julien Green).

Todo: también los artefactos modernos.

«Dar la impronta de Cristo ... Esto os llevará a descubrir las huellas de Dios en las realidades ma-

teriales, como también en las conquistas técnicas y organizativas del mundo del trabajo (Pablo VI).

En su ser integral, las obras materiales y sociales de la humanidad son «hijas» del Padre.

Francisco de Asís llamaba «hermano a un animal, a un árbol y al sol, señalando así que ellos también eran creaturas del Señor. En este mismo sentido, contemplando en la obra del hombre la grandeza de Dios, nosotros podemos decir: Hermana máquina hermana nevera»; «hermano automóvil» «hermano televisor»...

* * *

El maquinismo no constituye un proceso diabólico: significa una batalla perdida por las fuerzas del mal.

La máquina manifiesta la grandeza de Dios.

Y no es cierto que degrade a los hombres que la utilizan.

Al contrario, ayuda a los obreros a llevar una vida digna. Los dispensa de un trabajo propio más bien de animales, en el cual sólo la fuerza tiene importancia: les permite un mayor empleo de sus facultades en orden a la elevación espiritual.

La máquina no ha destronado a Dios. Más bien, ella es factor de un auténtico progreso que acercará al hombre moderno al Supremo Hacedor.

El Padre quiere que los pueblos se desarrollen material y culturalmente.

«Mal argumentaría quien de Nuestras palabras contra el materialismo del último siglo y del tiempo presente dedujera una condenación del progreso téc-

nico. No: Nos no condenamos lo que es un don de Dios» (Pío XII).

Es deseo del Señor que la humanidad progrese.

Y que se inventen cosas que la beneficien.

Dios se contenta cada vez que un sabio descubre un nuevo secreto de la naturaleza.

Y cuando utilizamos el pensamiento para transformar la materia en servicio del hombre.

Dios no es como el mitológico Zeus, quien condenó a Prometeo porque éste amaba al hombre demasiado. Al revés de Zeus, Dios se complace cuando el hombre descubre el fuego.

Todo el que contribuye al progreso es un obrero en los talleres del Creador.

El ser humano tiene el derecho a progresar.

Pero no sólo esto. Se trata también de un deber. La primitiva consigna del creador a la familia humana fue esta: «Creced y multiplicaos, ocupad las tierra, sometiéndola a vosotros» (Gén 1, 28). Lo cual impone como obligación un esfuerzo casi ininterrumpido de progreso. Producir, multiplicar y mejorar los alimentos, las casas, la cultura, en cierta medida las diversiones, y luego la industria, el comercio, el arte... » (Lombardi).

Es un benefactor de la causa de Dios el que contribuye en alguna forma a ordenar el mundo.

Los esfuerzos del hombre hacia el progreso impulsan la humanidad hacia las alturas de una mayor perfección. Es digno de agradecimiento aquel que le procure a los hombres los beneficios de la civilización.

Gracias a todos los que, a través de la ciencia y de la técnica, nos han hecho posible una vida mejor.

Hay quienes condenan el progreso mientras no se ruborizan de aprovechar las comodidades que el progreso reporta.

Alegrémonos por cada hallazgo realizado por un ser humano en cualquier lugar del globo.

Compartamos los alientos de la humanidad.

¿Por qué pensar que la evolución de la sociedad rural a la sociedad urbana, característica de nuestros días, constituye un factor negativo?

Hemos ideado un cristianismo «campestre». Y bueno es recordar que nuestra fe no nació en la Edad Media. Además, originariamente, en la época apostólica, fue en las ciudades donde el cristianismo floreció.

Igual que entonces, tenemos hoy que encontrar a Dios en la ciudad.

Nuestra civilización es urbana. Y no va a dejar de serlo.

Hemos de cristianizar lo urbano.

La gran tarea del presente, sin la cual la labor evangelizadora no dará óptimos frutos, es la de enseñar al hombre moderno a «ver» a Dios a través de los anuncios de «neón».

« ¿Cómo no se va a alegrar la Iglesia de todas las conquistas, de todos los perfeccionamientos, que vienen a enriquecer la experiencia de la humanidad en curso de su largo itinerario a través del tiempo y del espacio? Todo descubrimiento científico es una gloria del hombre, ciertamente, pero con más razón es una gloria de Dios, que ha suministrado, en su bondad, la materia, las condiciones y la posibilidad de ese progreso» (Pablo VI).

La posición del cristiano ante el progreso no pue-

de ser de indiferencia: con éste se puede hacer mucho mal y mucho bien.

Ni tampoco de tolerancia, como si se tratara de un mal menor.

El progreso es una cosa buena en sí misma, aunque pueda ser utilizado en forma maléfica.

Ante el progreso, una actitud de aliento. Sin miedo. Con seguridad.

El cristiano no teme, ni aborrece el avance de las ciencias. Al contrario, lo contempla con admiración y confianza.

Nosotros debemos ser los promotores del progreso y los que, al mismo tiempo, le demos vida a la civilización.

El progreso material no debe detenerse. Pero sí debe ser vitalizado por un espíritu interior.

Ni la ciencia, ni la técnica constituyen un fin en sí mismas. Existen para la utilidad del hombre y no para que se postren ante ellas mentes y voluntades.

Cuanto más avanza la humanidad en el orden material, más necesitamos de los valores del espíritu. Cada vez hace más claro que estos no solamente son útiles, sino indispensables.

«Ciertamente la Iglesia ha enseñado en todo tiempo y sigue siempre enseñando que los progresos científico-técnicos y el consiguiente bienestar material son bienes reales; y, por tanto, señalan un paso importante en la civilización humana. Pero ellos deben valorarse por lo que son según su verdadera naturaleza, es decir, como bienes instrumentales o medios que se utilizan para la consecución más eficaz de un fin superior, cual es el de facilitar y promover el perfeccionamiento espiritual de los seres humanos,

tanto en el orden natural como en el sobrenatural (Juan XXIII).

Dios quiere que la materia le sirva a través del hombre, y sirviendo al hombre.

«Todas las cosas para ti, tu para Cristo, Cristo para Dios» (1 Cor 3, 23).

Todo debe ser restaurado en Cristo.

Todo, ordenado al Creador.

6

hacia la
la nueva tierra

Al fin del tiempo será plena y perfecta realidad la restauración de todas las cosas en Cristo.

« (Dios) nos dio a conocer el misterio de su voluntad, conforme a su beneplácito, que se propuso realizar en Cristo, en la plenitud de los tiempos, reuniendo todas las cosas, las de los cielos y las de la tierra, en El » (Ef 1, 9-11).

Entonces Dios será «todo en todas las cosas» (1 Cor 15, 28).

La creación será restaurada por Cristo, en Cristo y para Cristo.

«Porque de El, y por El, y para El son todas las cosas» (Rom 11, 36).

Ya sabemos cual será el final: Cristo en la plenitud.

Al término de la historia, cuando Cristo vuelva a este mundo y su obra ya esté cumplida, tomará la creación consigo y glorificando al Padre repetirá: «todo está terminado».

Y la humanidad y el cosmos responderán: «Amén».

Cristo es el alfa y omega del cristianismo y del universo.

El fin de todo lo creado es el mismo: Dios.

Desde el primer instante de su existencia la creación ya estaba orientada hacia su consumación final, a cuya luz cobran sentido cada uno de los acontecimientos intermedios.

Cristo es el centro de la creación.

Cristo es la meta de la historia.

Y la fuerza que opera dentro de ella.

La historia de la humanidad es la historia de la salvación.

Peregrinamos con Cristo en una marcha grandiosa en la que hombres y cosas se dirigen directamente hacia el Padre.

Lanzada hacia su último destino está «la humanidad entera arrastrada por la ola auténtica y eficaz de la redención» (Pablo VI).

Venimos de Cristo.

Vivimos en Cristo.

Vamos a Cristo.

«Cristo, el que es, el que era y el que vendrá»

Estamos en camino hacia la plena realización del Reino de Dios, al retorno del Señor.

Al final del mundo Cristo volverá en la plenitud de su Gloria.

«Este Jesús, que ha sido llevado entre vosotros al cielo, volverá así, del modo que le habéis visto subir al cielo» (Hech 1, 11).

Cuando Cristo regrese, la creación entera manifestará la Gloria de Dios en todo su esplendor.

«...la Iglesia añade el último capítulo a su lección sobre la miseria humana y la mortificación cristiana, proclamando que ésta es el remedio de aquélla, y ambas se pueden esquematizar en una victoria del bien sobre el mal, de la felicidad sobre el dolor, de la santidad sobre el pecado, de la vida sobre la muerte. Este es el epílogo del drama de la redención» (Pablo VI).

La historia terminará con la segunda venida de Cristo, «Y otra vez ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos; y su Reino no tendrá fin» (Credo).

La lucha contra el mal es una lucha cósmica. El triunfo también lo será.

No podemos concebir el final de los tiempos como una gran catástrofe de la cual se salvan algunos, sino como un proceso de transformación que afecta al universo entero.

La plenitud de vida que esperamos es también la de la vida corporal. La resurrección de la carne implica la «espiritualización» de la materia del cuerpo humano.

En el Paraíso la felicidad será más completa después de la resurrección de la carne. Aquella no crecerá en intensidad, pero sí en amplitud.

La perfección final hacia la cual nos dirigimos comprende la de la persona humana que entonces alcanzará su felicidad integra.

¿Y la historia? ¿Y el cosmos?

«Esperamos justamente la redención de nuestros cuerpos... Ahora bien, todo esto..., parece debe entenderse a toda la creación cósmica» (Congar).

De acuerdo con esta concepción, el fin de los tiempos no es el fin de la creación.

Esta será transformada. «Glorificadas».

«La creación no será aniquilada y la veremos en la vida eternas» (Thils).

Comúnmente se cree que el dogma de la resurrección de la carne significa solamente la integración de las células de cada cuerpo a ser resucitado, pero que el resto de la materia, árboles, pie-

dras, soles y galaxias, ante una orden de Dios, se extinguen en la nada. Como si Dios, después de la resurrección de los muertos, le ordenara a todo el universo material: «Ya está. Desapareced. El espectáculo ha terminado».

Pero no es legítimo pensar que el mundo no acabará en una total extinción de regreso a la nada.

Ciertamente, el cosmos con su forma actual desaparecerá. Todo en ella es transitorio.

«...pasa la apariencia de este mundo» (1 Cor 7, 31).

Lo que tendrá fin es el mundo tal como lo conocemos.

Terminarán las lágrimas de la vida y todo el universo se transfigurará en una forma de existencia superior.

Será como un renacimiento del mundo. (Mt 19, 28).

Nada será aniquilado.

Todo será perfeccionado.

Mas no sin muerte y purificación.

Antes de pasar a la Gloria tenemos que morir. Igual sucede con la creación en general. Tendrá también una muerte: el fin del mundo en su estado actual.

Para nacer al hombre y al mundo nuevo, tenemos que morir al hombre y al mundo viejo.

Por otra parte, la materia no tendrá conciencia de su propia transformación. Pero nosotros sí gozaremos de ésta en la Casa del Padre.

Las galaxias hoy desconocido y distante, adquirirán un sentido de servicio a los seres humanos. Entonces comprenderemos la utilidad de su existencia.

«Ni el ojo vio, y ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios ha preparado a los que le aman» (1 Cor 2,9).

La felicidad de la cual podremos gozar plenamente en el Paraíso rebasa nuestra actual capacidad de comprensión.

Todo nuestro ser será «espiritualizado», lo cual significa que vamos a estar sordos o ciegos. No se remos despojados de los sentidos. Estos estarán en actor, en ejercicio de su propia actividad (Suppl. q 82).

Cristo resucitado es el modelo según el cual la creación será transformada. Este es el fin que se nos ha prometido y hacia el cual tiende nuestra esperanza.

¿Cómo será el futuro? Ya lo sabemos: está presente en Cristo resucitado.

Estamos proyectados hacia la Resurrección. Este es el fin que, al resucitar, Cristo le marcó a la historia.

La Resurrección es el momento culminante del Redentor.

«Y si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación, vana nuestra fe» (1 Cor 15, 14).

Los domingos lo que celebramos es la Resurrección de Cristo.

En ésta se funda nuestra Fe.

Para siempre la muerte fue conquistada.

La Resurrección del Crucificado tiene una trascendencia cósmica.

Ningún hombre es ajeno a ella.

Cristo es nuestro Salvador.

Cristo quiere nuestra salvación, es decir, que participemos de la Vida de Dios.

«Y cuando este ser corruptible se revista de incorruptibilidad y este ser mortal se revista de inmortalidad, entonces se cumplirá lo que está escrito: ¿dónde está, muerte, tu victoria?» (2 Cor 15, 54-55).

Resucitamos en Cristo.

Su triunfo es también nuestro.

Cristo, libremente, quiso asociarnos a su victoria.

Con Cristo, también nosotros estaremos sentados a la diestra de Dios Padre.

Y reinaremos con El sobre todas las cosas.

«Oí una voz grande que del trono decía: he aquí el tabernáculo de Dios sobre los hombres, y ellos serán su pueblo y el mismo Dios será con ellos y enjugará las lágrimas de sus ojos, y la muerte no existirá más, ni habrá duelos ni gritos, ni trabajo porque todo esto es ya pasado" (Apoc 21, 3-4).

«Y me mostró el río de agua viva, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del cordero» (Apoc 22, 1).

«Y el que tenga sed, venga, y el que quiera tome gratis el agua de la vida» (Apoc 22, 17).

* * *

Se habla de «apocalíptico» como sinónimo de catastrófico. Grave error.

El Apocalipsis es un canto de esperanza.

Es la afirmación del triunfo de la justicia y de la victoria final de la verdad.

El Apocalipsis confirma a la filosofía de la historia cristiana dentro de una visión optimista.

Y en cuanto a las catástrofes que precederán al fin de este mundo es de tenerse en cuenta que las profecías contenidas en la Biblia no se refieren al tiempo transcurrido entre uno y otro suceso futuro. Es como ver las cumbres de unas montañas, sin tener en cuenta las llanuras que hay entre ellas. Los acontecimientos futuros que se relatan pueden estar distanciados entre sí por días o por siglos. Podemos preguntarnos, pues, si todas las predicciones de las Escrituras relacionadas con el fin de este mundo acaecerán al mismo tiempo.

En todo caso, vendrá una época relativamente perfecta, de duración desconocida, en la cual terminarán varios obstáculos y persecuciones contra los que creen en Cristo...

«... cuando venga el cielo nuevo y la tierra nueva, será llegado el fin de las torturas que traen su origen de los demonios y de los hombres» (Schmaus).

Al parecer, después de una gran persecución vendrá esa época «relativamente perfecta que preparará la Segunda Venida del Señor en el esplendor de su Gloria. Después, la resurrección, el Juicio Universal y, por último, el cielo nuevo y la tierra nueva, la nueva Jerusalén.

«Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido; y el mar no existía ya. Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, al lado de Dios... (Apoc 21, 1-2).

* * *

Preguntémosnos: ¿el tránsito a la Nueva Tierra tiene que ser de una vez? ¿En alguna forma no podríamos estar ya dentro de él?

«El poder de restauración que obrará luego de una manera soberana, actúa ya en el mundo de un modo pasajero, precario, parcial y con frecuencia secreto» (Congar).

La creación en el transcurso de su existencia recorrerá dos etapas: una, desde el comienzo hasta el fin de este mundo; otra, en una nueva forma, desde entonces por toda la eternidad.

Sin embargo, esa forma futura ha sido introducida por Cristo en nuestra existencia actual.

Vivimos entre dos realizaciones divinas: la creación y la consumación. Y, en medio de ellas, dándole fuerza y sentido a ambas, la resurrección.

La plenitud ya está entre nosotros: Cristo. El futuro ya es presente. Lo que esperamos ya lo tenemos. Este es tiempo propicio, éste, el día de la salud (2 Cor 6, 2).

Desde ahora participamos en la eternidad al participar de la vida de Cristo.

«Somos ciudadanas del cielo» (Fil 3, 20).

Cristo resucitó. Y nosotros en El.

Cristo ya ha triunfado del mal y de la muerte. Y nosotros en El.

Cristo ha vencido al «mundo». Y nosotros en El. «Todo el engendrado de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe. Y quien es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios» (1 Jn 5, 4-5).

El tiempo en el cual vivimos, entre la Resurrección y la Gloria, contiene dentro de sí el Reino de Dios.

Entre la Primera venida y la Segunda hay una más: la venida de Cristo a cada persona.

«El Reino de Dios está dentro de vosotros» (Lc 17, 21).

Es un Reino de orden espiritual. «Mi Reino no es de este mundo» (Jn 18, 36).

Es de las almas, pero éstas están unidas a los cuerpos.

Cuando estamos en Gracia estos son templos del Espíritu Santo.

No es de la tierra, pero se realiza también en la tierra.

Aquí está una parte de la Ciudad de Dios: «el Cuerpo Místico terreno de Cristo» (Pablo VI).

Para nosotros es ahora cuando comienza la vida eterna.

Nuestra existencia actual sólo tiene sentido considerándola como parte de un todo que comienza en este mundo para no terminar jamás.

En este sentido lo sepa o no lo sepa, lo quiera o no lo quiera, cada persona está en la eternidad.

El Reino de Dios no pertenece sólo al futuro; se realiza también en el presente.

* * *

Sin embargo, nunca tendremos el Reino de Dios en todo su esplendor en esta tierra. Todavía existe la corrupción y la muerte.

El perfeccionamiento se alcanzará en la Nueva Jerusalén.

«La condición presente del Reino implica casi necesariamente un estado de imperfección» (Olivier). El trigo y la cizaña se encontrarán juntos hasta el fin de los tiempos, cuando comenzará el Reino per

fecto. «Entonces se inaugurará el Reino definitivo del que el presente no es sino el germen y la preparación » (Olivier).

El Reino de Dios es de aquí y ahora como la levadura dentro del trigo. Este período es de fermentación. Y al final de los tiempos toda la masa estará fermentada.

Es como semilla que brotará en vida.

Es como niño en el seno de su madre: se adivina cómo va a ser cuando nazca.

En el Calvario, al inaugurar las nuevas relaciones entre el hombre y Dios, Cristo le dio existencia al Reino de Dios en la tierra. Este fue concebido entonces. Esta es la época del embarazo.

Al fin de los tiempos vendrá el alumbramiento, con dolores de parto que la creación experimenta desde ya.

«Pues sabemos que la creación entera hasta ahora gime y siente dolores de parto» (Rom 8, 22).

El cosmos puja por liberarse del estado actual de su existencia.

Estamos en el parto doloroso del mundo nuevo realizado por la Resurrección de Cristo y cuyo definitivo alumbramiento glorioso se producirá al final de los tiempos.

Poseemos en germen la Gloria de Dios, la cual se manifestará totalmente al retorno del Señor.

Todavía no es tiempo de vendimia.

Como no se ha logrado todavía la paz ni la justicia en el mundo, algunos pueden preguntarse dónde están los frutos de la Resurrección.

Lo que pasa es que en su Primera venida Cristo no pretendió erradicar de una vez el mal de la tierra.

Entonces comenzó un proceso de consolidación del bien que se consumará al final de los tiempos. La Primera venida representa un principio un fin.

Es un comienzo que tendrá su consumación en la Segunda venida gloriosa.

En el Calvario se inició un proceso que terminará al fin de los tiempos con el triunfo final, fruto de la Redención.

Cristo ya ha vencido. El enemigo está herido de muerte, aunque todavía no se haya rendido.

Se rendirá.

Con Cristo la historia ya cumplió su cometido.

Está a la espera de la plenitud definitiva de la salvación.

La consumación del misterio se realizará en la Nueva Jerusalén.

No sabemos cuánto tiempo pasará. Pero, realiza da la obra salvadora de Cristo, la Nueva Tierra ya está a la vista.

Con Cristo comenzó el último período de la historia.

El Reino está en desarrollo hacia el triunfo pleno y definitivo de la Verdad y del Bien.

* * *

Aguardamos el regreso del Hijo de Dios.

Nuestra función es prepararlo.

Formamos parte del Reino. Debemos contribuir a su pleno advenimiento.

Y esto hacemos cuando tomamos parte en la difusión del Reino que ya está dentro de nosotros.

El Reino de Dios crece si hay más cristianos y si los cristianos que existen son más cristianos.

Cuando hacemos algo por la santificación del mundo estamos preparando el triunfo final.

Cada uno de nosotros debe contribuir a la obra de la Redención universal.

Día a día se va gestando la liberación del hombre y de la creación.

Podemos ir construyendo el «mundo nuevo» en nosotros, en los demás en el universo.

«Si no existe ningún obrar humano influyendo positivamente en el resultado final, no comprendo qué importancia puede tener el tiempo; sería una de mora inexplicable. El sentido cristiano del tiempo... consiste en la cooperación o en el obrar humano en cuanto influye positivamente en el resultado final, es decir, en el Reino de Dios» (Congar).

Cuando concurrimos al desarrollo del Reino estamos preparando y aun apresurando el triunfo definitivo de Cristo.

La misión del hombre sobre la tierra consiste en «acelerar el momento en que todo esté consumado en El. En la fecha fijada por Dios y que nadie conoce excepto El, todo estará dispuesto para la corona-definitiva y el cristiano podrá decir que ha «apresurado la venida del Señor» (Olivier).

En nuestras manos está retrasar o adelantar la salvación del mundo.

7

más allá
del tiempo

Dios ha confiado en nosotros. Nos ha dado la función de consagrar el mundo en todos sus aspectos.

Tenemos la tarea de hacer de esta tierra una imagen de la Nueva Tierra.

Todas las cosas reflejarán totalmente a Dios en el momento de la transfiguración. Pero de nuestra acción depende el que desde ahora reflejen a Dios de la forma más perfecta posible, de acuerdo a su respectiva naturaleza.

Debemos preparar el regreso de Cristo en todo el esplendor de su Gloria.

Comenzar lo que va a ser perfeccionado por el Padre: esta es nuestra labor.

La glorificación del mundo procederá de una acción divina. No será obra del progreso humano.

No alcanzaremos la Nueva Jerusalén por nuestras propias fuerzas.

La salvación es un don integrante gratuito. Hay cosas que el hombre no puede realizar, ni aun con la ayuda de la Gracia. Una de ellas es la perfección final.

El mundo fue creado por Dios.

Es conservado por Dios.

Y el impulso definitivo por el cual será transfigurado es obra exclusiva de Dios.

Pero esto no significa que en toda la construcción.

del Reino no hay participación alguna de nuestra parte.

Si Dios le ha señalado a la creación un desarrollo determinado para el momento del tránsito al «mundo nuevo», ese desarrollo se logrará con un concurso que Dios, libremente, nos ha querido exigir.

Es lícito pensar que Cristo esperará a que la humanidad haya alcanzado cierto grado de perfeccionamiento integral para realizar su futuro advenimiento. En este supuesto, todo progreso está contribuyendo en algo a acercar a la humanidad al momento en que Cristo la considerará apta para recibirlo por segunda vez.

Cuando el Creador nos envía a someter la tierra nos está revelando que la creación no está terminada en una configuración estática, sino que es por la intervención dinámica del hombre, ayudado por Dios, como adquirirá ulterior figura.

«En vez de cerrar los ojos al progreso, el cristiano cree en él y trabaja en él para "acabar la creación y apresurar la «parusía» (Suhard)

Parusía: retorno de Cristo en la plenitud de su Gloria, al fin del tiempo.

Con el trabajo construimos el mundo que Dios con su poder transfigurará en el «mundo nuevo»

La humilde tarea humana, asumida por Cristo, y ofrecida por El al Padre, adquiere valor de eternidad, y por el trabajo que construye una ciudad más fraternal, se prepara el hombre-sin quizá saberlo nunca- a entrar en la ciudad celeste, donde los valores de aquí abajo serán transfigurados.

Es un mundo amigo del hombre el que el trabajo debe instaurar, donde cada uno puede cumplir su

misión como hijo de Dios, en medio de sus hermanos. Así, cooperando a la erección de la ciudad terrena, cada trabajador sea jefe de empresa, asalariado, peón o técnico, artesano o comerciante, obrero agrícola o industrial, miembro de profesiones liberales se unirá a la obra creadora del Padre, a la obra redentora del Hijo y a la obra santificadora del Espíritu, y se preparará a la manifestación gloriosa del Señor. Sellados por el signo de la cruz, la renuncia y el sufrimiento del trabajo se hacen plenitud a la luz de Cristo resucitado, y en la espera de su advenimiento al fin de los tiempos (Carta de la Secretaría de Estado a la 51a Semana Social Francesa).

Al transformar la materia mediante el trabajo el hombre crea imágenes y semejanzas de la realidad que Dios le otorgará en el futuro.

* * *

¿Qué va a quedar, entonces, de nuestras obras?

¿Absolutamente nada?

¿Cuando estemos en el Paraíso pensaremos que hubiera sido lo mismo el que las hubiéramos hecho o el que nos hubiéramos abstenido de hacerlas?

Las obras temporales son temporales. En su nacimiento llevan la semilla de su posterior desaparición.

Pero, ¿no hay nada en ellas que vaya a durar por siempre?

Por sí misma ninguna de las obras temporales que realizamos tienen ningún valor de eternidad

Pero Dios, gratuitamente, en alguna medida por dría otorgarles este valor.

¿Qué relación existe entre nuestro mundo temporal y el mundo por venir al fin de los tiempos?

Entre la obra cósmica y humana de este mundo, por una parte, y el Reino de Dios, por otra, existe cierta ligazón...

«Los teólogos escolásticos están ciertamente a favor de la continuidad de objetos entre nuestro mundo y el de los cielos o la tierra nuevos...

«Es ontológicamente este mismo mundo el que, transformado y restaurado, llegará a ser el Reino...

«La salvación final tendrá lugar mucho más por una puesta a flote milagrosa de nuestra embarcación terrena, que por un trasborde de los pasajeros a otra nave construida totalmente por piezas divinas (Congar).

«Algo de lo temporal existirá eternamente.

«Algo» de la acción del hombre se salvará del tiempo.

«Algo» de las cosas que transformamos estará exento de aniquilación.

«Algo» de nuestras obras permanecerá en la Nueva Tierra. Nuestra acción temporal posee, en cierto sentido, un valor eterno» (Thils).

Los valores temporales son portadores de eternidad.

«La idea que no pocos cristianos se forman del fin de los tiempos, y del cielo que debe sucederle, es decepcionante: el mundo nuevo parece «prefabricado por Dios y caer del cielo como un aerolito, después del gran cataclismo del apocalipsis...

La muerte es cualquier cosa menos «la abertura a aquello que hayamos vivido en la vida» (Moeller).

Ningún esfuerzo se pierde.

Aquello que ha sido ennoblecido por nuestra causa no pasará.

Todo lo que hemos creado en el tiempo, en alguna forma lo hemos creado para después del tiempo.

«Caducos son los modos de existencia, no caduco es el contenido, que cuando suena la hora, gana con la intervención de Dios un modo de existencia no caduco. Cada uno se volverá a encontrar, por tanto, en el mundo transformado con todo lo que haya ejecutado» (Schmaus).

Ninguno de nuestros actos se pierde en el pasado.

«Sus obras los seguirán» (Apoc 14, 13).

Cada uno de ellos queda definitivamente cincelado más allá del tiempo y del espacio.

Actualmente estamos contribuyendo a la elaboración de la Nueva Tierra.

En cierta manera, participamos con nuestras obras en la construcción de la Nueva Jerusalén.

Así como el Señor nos permite asociarnos en la creación, ¿por qué no pensar que también nos invita a construir el Paraíso con El?

Al completar la creación estamos «fabricando» el Cielo

Todos podemos poner un granito de arena...

Existe en el hombre un irrefrenable deseo de conquistar la inmortalidad para sí y la perennidad para las obras que realiza.

En el cristianismo encuentra el hombre las dos cosas.

La verdad, la bondad y la belleza que presenciamos en la tierra no desaparecerán.

Ellas son un reflejo de Dios. Permanecen en El.

Todo lo que nosotros con la ayuda del Padre creamos en este mundo de verdadero, de bueno y de bello tiene carácter definitivo.

Nuestros actos están revestidos de una contextura estrictamente temporal. Esta se desvanecerá. Pero lo que hay en el fondo de ellos que en alguna forma represente la perfección de Dios, eso subsistirá.

Las obras de la técnica y del arte configuran imágenes de la creación transfigurada.

A través de los adelantos técnicos pareciera como si realizáramos un esbozo imperfecto de la realidad definitiva que adquirirá la materia por obra de Dios en el momento de la transfiguración.

El esplendor de las obras de arte constituye símbolo y signo de la Infinita Armonía.

«La acción temporal halla en sí misma un valor, al transmitir a la sociedad o al cosmos algunos reflejos de la transfiguración de que gozará algún día» (Thils).

En la tierra podemos lograr «algunas anticipaciones de la restauración final..., cierta restauración de las realidades temporales de la vida humana, sobre todo de las que tocan de cerca a las personas y que pueden agruparse bajo el nombre de civilización» (Congar).

El bien común temporal prefigura y prepara la Nueva Jerusalén.

«... el bien común temporal: prefiguración y preparación para los hombres rescatados de esa sociedad de santos, a la cual está destinado el Cuerpo Místico de Cristo» (Carta de la Secretaría de Estado a la 50 Semana Social Francesa).

«La ciudad terrena, aunque temporal y transitoria

debe ser también el preludio de la Jerusalén celestial» (Thils).

Todo lo auténticamente cristiano permanecerá por siempre.

«El cristiano infunde al mundo las múltiples formas de la santidad, y con ello esboza ya la renovación de la faz de la tierra, y le imprime algunos trazos de la ciudad futura, glorificada en el espíritu» (Thils).

En la medida en que cristianicemos el mundo estamos construyendo realidades para la Nueva Tierra.

Ningún pensamiento justo se pierde en el recuerdo.

«Cuanto en el mundo de la inteligencia está reglamentado por la fe y por Cristo puede permanecer como tal para la eternidad» (Thils).

Cada uno de nuestros actos es trascendente.

Lo que esculpimos en el tiempo queda grabado en la eternidad.

Esos momentos que sentimos llenos de una sana plenitud, esos no perecerán.

«...lo que se revelará como verdaderamente vivo desde aquí abajo, serán nuestros amores, nuestras justicias, nuestras ternuras, esos presentimientos de juventud invencible que nos han embargado cada vez que hemos vivido verdaderamente» (Moeller).

Aquella mirada, tan profunda y tan humana, con tanta pureza y tanta verdad, ¿no la volveremos a encontrar?

¿Y aquella sonrisa llena de candor?

¿No hay en ellas una chispa de Dios?

¿No encontraremos «algo» de ellas después?

¿Y aquel momento que quisimos guardar?

¿Y todo lo que en este mundo hemos encontrado con
belleza y poesía?

Todo aquello que con verdadero Amor hemos amado
en la tierra no se perderá en el tiempo.

Lo encontraremos.

Ciertamente, lo encontraremos.

Todo lo que haya de amor en una obra humana no
desaparecerá jamás.

«Donde hay caridad y amor, allí está Dios».

8

la transformación
de la
sociedad.

Ni aun con respecto al futuro temporal de la humanidad nuestra posición puede ser pesimista.

Pero tampoco puede estar signada por un optimismo «natural».

Optimismo, sí. Pero, en Cristo.

Pensar que en esta tierra no se puede alcanzar, ni con la ayuda de Dios, una sociedad inspirada en el cristianismo, constituye lo que podría llamarse «desesperación en la historia».

Considerar, por el contrario, que no es necesaria la ayuda de Dios ni la inspiración del mensaje evangélico para lograr una sociedad en la que el conjunto de los ciudadanos pueda lograr la felicidad temporal, representa una especie de «presunción en lo colectivo».

Al Padre no le es indiferente el bienestar temporal.

«Un mínimo de condiciones materiales es «necesario para el ejercicio de la virtud» (Tomás de Aquino).

Las situaciones materiales-biológicas, climáticas, económicas... -no determinan, pero condicionan la vida del hombre sobre la tierra.

El hombre puede sobreponerse a las circunstancias. Sin embargo, éstas tienen una influencia extraordinaria en el común de los mortales.

Por esto, al juzgarnos, el Padre tendrá en cuenta que todos no hemos sido aprobados en la misma forma, ni sometidos a iguales violencias.

Procurar la satisfacción de las necesidades más apremiantes constituye no solamente un derecho, sino también un deber.

Y laborar en este sentido en beneficio de los necesitados es obligación que ningún cristiano puede eludir.

Ante el estado de miseria que sufren millones de hombres no podemos permanecer a un lado.

Ni tampoco nos es dado resignarnos ante la injusticia y la maldad.

Sólo después de haber luchado con todas sus fuerzas puede un cristiano resignarse.

En cualquier campo de la actividad humana debemos ser los primeros.

Donde quiera que surja una necesidad, allí debe haber un cristiano.

«Exhortamos de nuevo a nuestros hijos a que participen activamente en la administración pública y cooperen al fomento de la prosperidad de todo el género humano y de su propia nación» (Juan XXIII).

Quienes defienden los valores del espíritu tienen que estar al frente de todas las actividades dirigidas a resolver los grandes problemas de la humanidad.

Un discípulo de Cristo no puede desentenderse de la lucha que se libra por un mundo más confortable y más justo.

«...siempre exhortamos a cuantos se honran del nombre de católicos a que den al país ejemplo de íntegras y sanas costumbres y la contribución de su leal colaboración en toda clase de honestos y libres progresos» (Pablo VI).

Y no nos ocupemos de los problemas terrenales

por un afán proselitista, sino por exigencia de la Fe.

El cristianismo es amor.

Dios nos ama. Creemos en lo que nos ha dicho. Esperamos lo que nos ha prometido. Porque nos ama; por lo que es; y por lo que nos ofrece, nosotros lo amamos.

Y amamos lo que El ama.

* * *

Cada uno debe amarse a sí mismo.

Reconocer en su propio ser la creatura de Dios.

Y, sin dejar de ser intransigentes con el error y tolerantes con quienes lo cometen, amar a todos los seres humanos.

Si Cristo nos ha mandado amarlos es porque son dignos de ser amados, como hijos del Creador.

Miente el que dice que ama a Dios y no ama al prójimo.

Y miente también el que dice que ama al prójimo y no ama a Dios.

Sólo podremos crear la fraternidad entre los hombres, si llegamos a reconocer el mismo Padre.

De lo contrario, ¿cómo podemos ser hermanos?

Ausente o desconocido, extranjero o enemigo, para el cristiano el hombre siempre es el prójimo.

Los alejados, los que se han sumido en el error y aun los que nos son hostiles, todos ellos esperan el testimonio de nuestro amor en acción.

Acción integral.

En todos los órdenes de la existencia.

En lo espiritual.

En lo cultural.

En lo material.

La miseria en el mundo de hoy es un reclamo a nuestra caridad.

Demostremos el amor sobrenatural a los demás ayudándolos a satisfacer sus necesidades naturales.

En ese sentido, la obra que procura el bien de un individuo es importante. Pero lo es todavía más la que procura el bien general, en el cual aquél está implicado.

«Das tu pan al hambriento, pero sería mejor que nadie tuviera hambre y que no dieras tu pan. Vistes al desnudo: ¿mas no sería preferible que todos tuvieran sus vestidos y que no existiera semejante necesidad?» (San Agustín).

«Dar de comer al hambriento, vestir al desnudo, es el ejemplo más corriente del acto de caridad.

«Pero, siendo posible, es más eficaz obrar de manera que nadie tenga hambre y que nadie esté desnudo.

«El inventor de una máquina de tejer trabaja para que los tejidos cuesten menos y, por consiguiente, para que los pobres se vistan con menos gasto.

«Y también puede ser obra de caridad perfecta enseñar a los aldeanos el uso de los abonos químicos, gracias a los cuales, sus campos serán más productivos, el trigo más abundante y el pan más barato. Los abonos químicos han suprimido el pauperismo en regiones enteras.

«Visitar y cuidar a los enfermos es también uno de los ejemplos de caridad más corriente. Pero se hace más por los enfermos estudiando medicina que estando a su cabecera. El que sea capaz de estudiar medicina daría muestras de una caridad poco con pensable cuidando a los enfermos sin haber hecho

antes los estudios que le permitirían atenderlos mejor.

«Sin embargo no todos pueden inventar máquinas o estudiar. La caridad impulsará a cada uno a hacer lo que pueda» (Jacques Leclercq).

* * *

Es de la esencia misma del cristianismo la transformación de lo temporal.

Vamos al Paraíso a través de la tierra.

En la construcción de la Ciudad de Dios a nosotros nos corresponde ahora el trabajo en este mundo.

Tan ilusa es la actitud que pretende realizar la felicidad entre los hombres sin tomar en cuenta el Evangelio, como aquella otra que fija su atención sólo en los principios religiosos en su prístina pureza, sin tener conciencia de las realidades concretas del presente.

Ni el cristianismo ni los cristianos pueden separarse de la realidad.

« ... la preocupación del más allá entraña una acción transformante sobre la tierra, y esto es teológicamente exacto, ya que uno es discípulo de Cristo en la medida en que está asociado a su amor hacia los hombres, y este amor se manifiesta por las obras de aquí abajo... El cristianismo tiene como finalidad esencial transformar la tierra, la vida eterna sigue siendo la finalidad suprema, pero no se va a ella más que obrando aquí abajo. No hay separación posible. Aquí está la síntesis cristiana» (Leclercq).

Los cristianos tenemos que «dar a Cristo y a su Evangelio la primacía que El espera, sin quedar pri-

vados de ese pan de la tierra que es también un don de Dios» (Pablo VI).

El cristianismo como tal no tiene por misión buscar las soluciones de los problemas temporales de la humanidad. Pero le infunde a los cristianos el ardiente deseo de encontrarlas.

No será el cristianismo. Pero hemos de ser los cristianos.

Cristo nos transforma. Y nosotros transformamos al mundo.

La religión cristiana nos procura los bienes sobrenaturales que requerimos para nuestra salvación y nos orienta e inspira para que logremos que las realidades terrenales coadyuven al desarrollo integral de la humanidad.

Debemos desarrollar una acción fecunda en frutos temporales por los cuales corra la savia vital del mensaje evangélico.

La luz que proyecta el cristianismo sobre los problemas concretos de la vida terrena no empaña ni distorsiona la visión de los mismos, sino que, por el contrario, la hace más nítida y más clara.

Y la acción orientada por esa luz será más decidida, más ágil y más segura.

La verdad que, orientada a la vida, promueve y beneficia el progreso de la cultura, esta es la verdad cristiana.

Por esto, los cristianos no podemos abandonar el puesto que Dios nos ha señalado en el mundo. Si tal hiciéramos, el mundo moriría como un cuerpo humano que, de repente, se encuentre vacío.

** *

El cristianismo puede y debe entrar en contacto con el mundo a fin de que aquél se expanda en sus proyecciones humanas y éste adquiera su cabal dimensión espiritual.

El mensaje evangélico tiene que encarnarse en una realidad temporal.

La misión de la Iglesia es bautizar a todos los hombres, a todo el hombre y a todo en el hombre (Suhard).

La doctrina de Cristo respeta y eleva los valores humanos, dondequiera que ellos se encuentren.

La Iglesia, en consecuencia, considera un honor promover, según sus posibilidades, el progreso cultural y civil de todos los pueblos, según la especial idiosincrasia de cada uno de ellos.

El cristianismo reconoce los valores que residen en todas civilizaciones y no los suprime ni sustituye por aquellos otros que puedan ser propios de una civilización, como la occidental, cristianizada con anterioridad.

Vivificada por el cristianismo, cada cultura posee sus propias y originales maneras de expresarlo, igualmente legítimas.

E igual cosa puede decirse con respecto a las diversas expresiones del cristianismo que se suceden a través de la historia.

La catolicidad de la doctrina de Cristo comprende una extensión universal, tanto en el espacio como en el tiempo.

Todos los países. Y todas las épocas.

La función de los cristianos es doble: llevarle al mundo temporal el espíritu del que están poseídos y descubrir las vetas espirituales que allí se encuentran.

No se trata de ir al encuentro del mundo. Es que estamos ya en él.

En los primeros siglos de nuestra era los cristianos estaban en el mundo. Sólo así pudieron transformarlo.

No podemos concebir a aquellos hombres escondidos, pusilánimes y temerosos.

Llevaban la vida ordinaria de su tiempo, exceptuando lo que fuera contrario a la fe.

Acudían a los lugares de frecuente reunión. Hablaban en la plaza pública.

En las catacumbas celebraban actos de culto y enterraban a los mártires. Pero durante el día estaban en la calle.

«... no vivían apartados del mundo. Asistían como los demás al foro, a los baños, a las oficinas, la tienda, al mercado, a la plaza pública. Eran marinos, soldados, agricultores, comerciantes» (Tertuliano).

«Los cristianos no se diferenciaban de los demás hombres por el país, por el idioma, ni por las costumbres civiles..., siguen el uso del país en el alimento y en el vestido y en lo demás perteneciente al modo de vivir; pero su conducta es admirable y reconocidamente excelente...» (Carta a Diógenes; tiempos de Domiciano).

«Esos cristianos son de una indescriptible prontitud y actividad en todas las cosas que tocan a la comunidad» (Luciano de Somosata, escritor pagano del siglo II).

Hoy como entonces, si le preguntamos a Cristo «Señor, ¿qué quieres que haga?», El nos contestará «Levántate y entra en la ciudad» (Hech 9, 8).

9

paz
en la tierra

El cristianismo alienta y bendice todo lo bueno y que los hombres realizan por medio de las causas humanas a las cuales se consagran.

Las actividades que se orientan al mejoramiento de las condiciones en que el hombre desarrolla su vida sobre la tierra contribuyen al advenimiento de la paz a la que el cristiano aspira.

Nunca una sociedad terrena podrá realizar el Reino de Dios. Pero sí puede facilitar su desarrollo.

Al crear estructuras en donde puedan desarrollarse las posibilidades y energías naturales encerradas por Dios en cada hombre, la recta ordenación de la sociedad ayuda a la propagación de la Fe.

Procurar el progreso real de la humanidad es contribuir a su desenvolvimiento espiritual.

«Los seres humanos, al hacerse cristianos, no pueden menos de sentirse obligados a mejorar el ambiente y las instituciones de orden temporal: ya para que en ellos no sufra mengua la dignidad humana, ya para que se eliminen o reduzcan los obstáculos del bien y aumenten los incentivos y las invitaciones al mismo» (Juan XXIII).

El bien común no puede ser obstáculo para la realización del destino trascendente de la persona humana. Al contrario, debe favorecerlo y prepararlo.

En armonía con la dignidad del hombre, el recto

orden social a la vez que coadyuva a su perfeccionamiento temporal, le facilita el acceso a los supremos valores del espíritu.

«... es menester que “nuestros hijos” procuren que las constituciones de carácter económico, social, cultural o político, lejos de crear a los hombres impedimentos, les presten ayuda para hacerse mejores, tanto en el orden natural como en el sobrenatural» (Juan XXIII).

* * *

Por su parte, el cristianismo señala las desviaciones que se produzcan y eleva y enaltece las actuaciones del hombre.

Es cierto que los seres humanos «han de trabajar con gran diligencia primero en cumplir, en la producción de las cosas terrenas, las leyes propias de cada cosa y observar las normas que convienen a cada caso...» (Juan XXIII).

Pero es cierto, igualmente, que «si en las actividades y en las instituciones temporales se garantiza la apertura a los valores espirituales y a los fines sobrenaturales, se refuerza en ellos la eficacia respecto a sus fines específicos inmediatos» (Juan XXIII).

En el fondo de las conquistas más valiosas de la creación humana late siempre un fundamento espiritual.

La economía, la política, el arte, la técnica y todas las actividades sociales son humanizadas por las bienaventuranzas evangélicas.

Estas elevan «al nivel sobrenatural y cristiano todo honesto valor humano y terreno» (Pablo VI).

El Mensaje de Cristo penetra los fenómenos humanos de la vida social para ennoblecerlos y santificarlos.

«La Iglesia... quiere contribuir al bien real, positivo, creciente de la humanidad» (Pablo VI).

El mundo moderno nos ofrece una rica gama de logros y bienes humanos que no podrán ser aprovechados en toda su fecundidad si no reciben del espíritu del cristianismo fuerza y proyección.

«No somos la civilización, sino promotores de ella» (Pablo VI).

La misión del cristianismo no es solucionar los problemas temporales de la humanidad, pero éstos no se pueden solucionar sin el cristianismo.

Debemos tener conciencia de que Cristo actualmente es más necesario que nunca.

Es preocupación vital de los hombres de hoy la de resolver sus problemas temporales.

Pues bien, para la resolución de éstos la humanidad también ha de recurrir a Cristo.

«El interés terreno de las grandes masas humanas tiene en nuestros días necesidad de Jesús» (Lombardi).

No se trata de «sacralizar» lo temporal, sino de cristianizado.

El manejo de los asuntos temporales nos corresponde a los seglares.

Las realidades «profanas» tienen que llegar a inspirarse en el cristianismo sin dejar de ser «profanas».

Lo que intentamos es que la idea central que les dé vida a las civilizaciones sea la idea cristiana.

Resolver los problemas que trae consigo el cambio incesante de la sociedad, según un criterio cristia-

no: en esto consiste la inspiración cristiana de nuestra actividad temporal,

El cristianismo no pretende petrificar la vida social en unas fórmulas preconcebidas, sino infundir la savia del espíritu de Cristo en las diversas instituciones que se van sucediendo sin cesar.

«La Iglesia no tiene por misión impedir que este mundo pase, sino santificar al mundo que pasa» (Gilson).

El Evangelio no puede ser la regla inmediata del orden social, pero sí el principio ordenador de la regulación de la sociedad.

Ningún orden temporal puede presentarse como la realización integral de los principios cristianos en sus aplicaciones prácticas.

Por esto, ningún orden temporal puede comprometer al cristianismo, ni recibir una canonización por parte de la Iglesia.

Esta no puede hacerse solidaria de ninguna institución humana, ni de ningún intento dirigido a solucionar los problemas temporales, en lo político, en lo económico o en lo social.

No hay ninguna fórmula exclusiva para aplicar los principios cristianos a las realidades contingentes de la vida social.

Nunca existirá la sociedad cristiana.

Mas, ¿será posible una sociedad cristiana?

Si por sociedad cristiana se entiende la realización del ideal cristiano en la tierra a través de una sociedad en la cual todos sus miembros proceden como auténticos discípulos de Cristo, todo intento en este sentido estará condenado al fracaso de antemano.

Aquí seremos siempre imperfectos en nuestro ser y en nuestras realizaciones.

Pero si por sociedad cristiana se entiende, como es lo justo, un conjunto de instituciones inspiradas en el cristianismo, mediante las cuales la persona humana pueda desarrollarse material y espiritualmente, entonces una sociedad cristiana sí es posible.

Aunque en su seno no hayan desaparecido los males y las injusticias, podemos crear un orden social inspirado por el cristianismo.

Lo tendremos algún día.

* * *

Las ideas cristianas no permanecen reposando en cada alma individual. Ellas se proyectan hacia el exterior para fructificar en la sociedad.

Los principios fundamentales de humanísimo civilizador contenidos en el Mensaje evangélico deben penetrar en conciencias e instituciones.

La civilización y la cultura pueden ser cristianizadas.

Todas las obras humanas y, por tanto, también las sociedades creadas por el hombre, han de ser restauradas en Cristo.

«Restaurarlo todo en Cristo..., también..., la civilización cristiana en el conjunto de todos y cada uno de sus elementos componentes» (Pío X).

Es posible que en todas las realidades a nuestro alcance se encarnen los valores del cristianismo.

«El hombre puede ser morada del Espíritu Santo, pero, ¿y la creación: ¿las sociedades, las culturas, las civilizaciones, incluso el cosmos? Podemos responder sin vacilar: sí» (Thils).

Dios no puso el mundo en nuestras manos para que nos conformáramos con la realidad tal cual es, sino para que la transformáramos.

«La restauración dentro de la economía cristiana va de las personas a la naturaleza, del hombre espiritual a su medio ambiente y a sus instituciones» (Congar).

Cristo nunca será Rey temporal.

Pero es Rey de todo lo temporal.

Cristo es la perfección suma en todos los órdenes.

En consecuencia, todo perfeccionamiento en lo natural representa un acercamiento a Cristo.

Y colabora con El, en este sentido, aquel que contribuye a que el mundo sea más humano.

«En cierta manera, humanizar es cristianizar» (Suenens).

El que realiza un orden justo en la tierra traduce a una realidad temporal bienes del espíritu.

La persona que logra algo verdadero o bueno es un instrumento de Cristo para la «cristianización del mundo».

Las realizaciones temporales poseen un valor que, en cuanto verdadero o bueno, puede considerarse también como «cristiano».

El término «cristiano» puede referirse a lo sobrenatural, pero también a lo que está de acuerdo con la Voluntad de Dios.

«Lo cristiano» puede ser sobrenatural o natural; es decir, todo lo sobrenatural es cristiano, pero no todo lo cristiano es sobrenatural.

Así, todo lo humano es «cristiano».

Y hacer al mundo más humano es hacerlo más «cristiano».

Una sociedad humana que contribuya al desarrollo integral de la persona humana refleja en alguna forma la Sabiduría, el Amor, la unidad y el Orden de Dios y, por ende, lo glorifica.

El mandato «someted la tierra» comprende también el mundo social.

La sociedad temporal debe ser una semejanza de la eterna en lo que hace a la justicia.

Cristo vino a salvar también las obras del hombre: la técnica, la cultura, la sociedad y la civilización.

«A Ti los jefes de las naciones rindan público homenaje. Los maestros y los jueces te honren. Las artes y las leyes te tributen alabanza» (Fiesta de Cristo Rey).

«Todas las naciones, aplaudid con las manos, haced fiesta a Dios con voces de regocijo.

«Alábenle, oh Dios, los pueblos, alábenle los pueblos todos» (Sal 66).

* * *

Es verdaderamente posible la paz en la tierra.

¿Es que un Papa puede estar llenando un expediente sin contenido cuando formula votos por que Cristo «reine y triunfe felizmente a lo largo de los siglos en todos y sobre todo», y para que «armonizada la convivencia en el orden, todas las gentes finalmente gocen de prosperidad, de alegría, de paz»? (Juan XXIII).

¿Es que acaso Juan XXIII propone un imposible cuando, al igual que en innumerables textos pontificios, expresa «un profundo anhelo que comparten

con Nos todos los hombres de buena voluntad, el anhelo de la consolidación de la paz en este mundo nuestro?»),

¿Es que, incluso, no hay una Encíclica llamada *Pacem in terris*?

En cada misa se le pide a Dios: «... danos, propicio, la paz en nuestros días».

«Gloria a Dios en las alturas».

« Y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad» (Lc 2, 14).

La aplicación de los principios del cristianismo procura la felicidad temporal de hombres y pueblos.

«¿Por qué comparamos la vida vivida de acuerdo con los principios religiosos, a la felicidad humana? Es fácil explicarlo: porque deseamos que todos los hombres vivan la promesa del cristianismo que no es otra cosa que una consecuencia del misterio de la Pascua en su manifestación más genuina: la solución acertada de los problemas de la humanidad» (Pablo VI).

Dios mismo despertó en el hombre un deseo de libertad, de paz y de progreso.

Cristo quiere que los que tienen hambre aspiren al bienestar.

El fue quien nos enseñó a pedirle al Padre el «pan nuestro de cada día».

Con un sentido de misión podremos crear las condiciones que permitan el bienestar, y el bienvivir, material y espiritual, de todas las naciones.

«No es una ilusión el que, bajo la guía de la Providencia, se haya creado una condición tal, por la cual las fórmulas de Jesús, aplicadas a este mundo, lleven al hombre de nuestros días a un mayor bien-

estar, aun en la vida terrenal., se trata únicamente de las migajas de la doctrina de Jesús» (Lombardi).

Un mundo inspirado en el cristianismo puede ser una realidad.

No se trata de algo diabólico.

Ni utópico.

Es la voluntad de Dios.

«Animo, gobernantes de las naciones, vosotros podéis ..., trabajando a una en la justicia y en el amor, crear la paz..., y hacer de la humanidad una sola ciudad, ¡Dios sea con vosotros!» (Pablo VI).

Al reconciliar la tierra con el cielo, Cristo crea la posibilidad, real y auténtica, de que el hombre sea feliz en este mundo y de que se pueda instaurar en él una paz verdadera.

La paz del cristianismo no es solamente una paz interior.

Es también la paz familiar. Y la paz social.

Y la paz internacional.

Es posible llevar la paz de Cristo a todas las esferas de la sociedad humana.

«Si los jóvenes son buenos, ardorosos, la sociedad será digna, sagrada y santa, y también próspera» (Pablo VI).

Cualquiera que sea nuestra edad, somos «jóvenes por el deseo y la voluntad de construir un futuro feliz» (Pablo VI).

Es posible un mundo donde, en general, impere la justicia y se establezca la paz.

Esto significa que una situación tal no se encuentre en permanente riesgo de perderse. Lo que sí sig-

nifica es que esa supuesta pérdida nunca sería definitiva.

«Buscad el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura» (Mt 6, 33).

No podemos tomar esta frase solamente en su sentido individual.

En la «añadidura» está también la solución de los problemas terrenos de la humanidad.

Busquemos el cristianismo y una civilización cristiana vendrá por añadidura.

Tenemos la obligación de realizar un Mundo Nuevo «mantenidos por la esperanza de que en el nombre del Salvador se puede construir una sociedad más justa, más próspera y mejor» (Pablo VI).

Al edificar un mundo Nuevo en la tierra estamos participando en la construcción de la Nueva Tierra que vendrá al fin de la historia.

Podemos realizar un Mundo Nuevo.

Lo realizaremos.

Dios lo quiere.

10

la más grande
esperanza

Algún día tendrá plenitud nuestra esperanza.
Esperamos la transfiguración del alma, del cuerpo, de la humanidad y del cosmos.

Ya no esperamos la instauración del Reino; éste existe ya en el presente. Esperamos su perfeccionamiento al fin de los tiempos, mediante la restauración de todas las cosas en Cristo.

«Cristo en medio de vosotros es la esperanza de la Gloria» (Col 1, 27).

Esperamos el advenimiento definitivo del orden cristiano.

«Espero la resurrección de los muertos y la vida del siglo venidero».

Esperamos el regreso del Señor al fin de los siglos.

La promesa de Dios se realizará totalmente entonces.

En cierta forma es toda la creación la que espera (Rom 8, 18-24).

No le pongamos límites a nuestra esperanza. Dios no le ha puesto ninguno.

Realmente, «el mundo pertenecerá, en esta tierra, al que le ofrezca la más grande esperanza» (Teilhard de Chardin).

Necesitamos una concepción triunfal del cristianismo.

« ... para que vivamos..., con la bienaventurada esperanza en la venida gloriosa del gran Dios y salvador nuestro, Cristo Jesús» (Tito 2, 13).

Cristianos: los que espera la venida de Cristo.

Y la aman.

La tierra nueva es la tierra prometida.

Todavía no hemos llegado a la meta del camino que inició Abraham.

Confianto exclusivamente en la palabra de Dios, Abraham dejó su tierra para emprender viaje hacia un lugar que no sabía dónde estaba ni cuándo llegaría a él.

Nosotros estamos en la caravana de Abraham.

Y con la misma vocación, de esperanza.

No solamente esperamos un feliz fin personal, sino también un feliz término para la historia y aun para toda la creación.

En la esperanza incluimos el universo entero.

Nosotros mismos, la historia, la humanidad, el cosmos, todo acabará bien: he aquí la esperanza.

«Según la Sagrada Escritura la esperanza es la marcha hacia adelante, dentro de una absoluta confianza en la Divina Providencia, hacia el Reino de Dios. El Nuevo Testamento nos da por comenzado ese Reino, aunque de manera imperfecta en la fase actual, destinada a crecer y transformarse al fin de los tiempos en un Reino perfecto y eterno. Hay un acontecimiento que resume en forma muy concreta el objeto de nuestra esperanza: el retorno de Cristo con sus consecuencias gloriosas, la resurrección general y la entrada en el Reino definitivo» (Olivier).

La esperanza nos lanza hacia el fin del tiempo

Por la esperanza nos incrustamos en un movimiento dirigido al retorno del Señor.

Nuestros ojos deben estar fijos en el porvenir, para que la vida sea esfuerzo en el presente y esperanza ante el destino.

Hemos nacido para vivir.

Y viviremos.

Hay que vislumbrar en el futuro una corona de gloria más allá de la cruz.

Y que la firme creencia de que Cristo no defraudará nuestra esperanza nos haga confiar en el futuro con íntima alegría.

No ganaremos todas las batallas, pero ganaremos la guerra.

* * *

El cristiano tiene que valorar con un optimismo radical al mundo y a la vida.

El error tiene el pesimismo. La verdad, por sí misma, es optimista.

«Sed fuertes y de ánimo firme; no seáis, temerosos ni os desalentéis».

Solamente quien tiene fe en el porvenir puede pretender la conquista del mundo.

«No dejéis nunca que el abatimiento, la desilusión, el pesimismo penetren en vuestras almas» (Pablo VI).

Los aires del pesimismo casi siempre proceden de regiones del pensamiento imbuidas de materialismo.

Actitudes escépticas y pesimistas inundan el alma cuando no se tiene una conciencia clara de los últimos fines.

Otras veces, el pesimismo no denota sino cansancio.

Quien tiene voluntad de lucha no puede ser pesimista.

Por su propia naturaleza el pesimismo es infecundo. No tiene otra salida que el fracaso.

Es que el hombre no puede vivir sin esperanza.

Requerimos de una razón para la existencia y para la acción de todos los días.

Cuando el hombre no ha puesto su esperanza en Dios ha creado diversos mitos con lo que ha pretendido satisfacer, sin lograrlo, su irrefrenable tendencia a esperar y confiar en algún ser que esté por encima de su propia vida.

Si el hombre no tuviera origen ni fin, ni razón de ser, el hombre y su existencia, ciertamente, serían nauseabundos.

Si no pudiéramos darle respuesta a los supremos interrogantes de la vida; si para nosotros el dolor, el cansancio y la muerte no tuvieran sentido, ni valor, entonces la desesperación y el suicidio estarían justificados.

Pero nuestra existencia tiene una razón.

Y no hay ningún sufrimiento inútil. Ni ninguna fatiga vana.

Y el momento final de esta vida no es un regreso hacia la nada.

El cristianismo es la religión de la esperanza.

Y de la Vida.

No suprimimos el pecado. Pero esperamos los frutos de la salvación.

Optimismo sin quimera. Y, al mismo tiempo, un razonable temor. Dios no faltará a su promesa. Pero

nunca podemos estar seguros de que nosotros individualmente seremos fieles a ella.

No esperamos por nosotros mismos, sino porque creemos en la promesa de Dios.

Esperamos en Cristo.

Y esperamos a Cristo.

«Sea con nosotros tu misericordia, Señor, como esperamos en Ti» (Te Deum).

Podríamos decir que la misericordia es el premio de la esperanza.

Los cálculos humanos desaparecen ante la segura confianza en el Señor.

Orar es esperar.

Pidamos lo que esperamos. Y esperemos lo que pedimos.

* * *

Esperamos nuestra felicidad.

Y la felicidad de los demás.

El cristiano que espera es un cristiano que vive.

Y un cristiano que ama.

El objeto de nuestra esperanza traspasa las fronteras del tiempo y del espacio.

«Si sólo mirando a esta vida tenemos la esperanza puesta en Cristo, somos los más miserables de todos los hombres» (1 Cor 15, 19).

Pero la esperanza sobrenatural no destruye las esperanzas humanas, sino que las eleva y dignifica.

Esperamos los medios necesarios para la santificación espiritual y para la subsistencia material.

En la «añadidura» están los bienes temporales aptos para ser utilizados en beneficio de nuestra marcha hacia el Paraíso.

«...en la ordenación a la vida eterna esperamos de Dios el socorro, no sólo de beneficios espirituales, sino también temporales» (Tomás de Aquino)

Y esperamos, además, que la obra de Dios se realice, no sólo después del tiempo, sino durante él.

«La piedad es útil para todo: tiene las promesas de la vida presente y las de la futura» (1 Tim 4,8).

Esperamos el triunfo de Dios en la tierra

«El cristiano puede y debe esperar el establecimiento del Reino del Salvador en la tierra, en su prefiguración temporal, en sus preludios, en su plena realización» (Thils).

Esperamos en la capacidad del hombre ayudado por Dios para realizar imágenes de lo que será la instauración plena del orden cristiano.

«La esperanza... incluye también el desarrollo del Reino en su fase terrestre juntamente con la gloria final del mismo... "La Iglesia" proseguirá sin desfallecer su marcha hacia el triunfo final y definitivo (Olivier).

El cristianismo es un hombre que espera, en la Esperanza.

«... esperamos otros cielos nuevos y otra tierra nueva, en que tiene su morada la justicia según la promesa del Señor» (2 Pedro 3, 13).

Miremos con esperanza hacia el porvenir.

Somos el Pueblo de Dios en marcha...